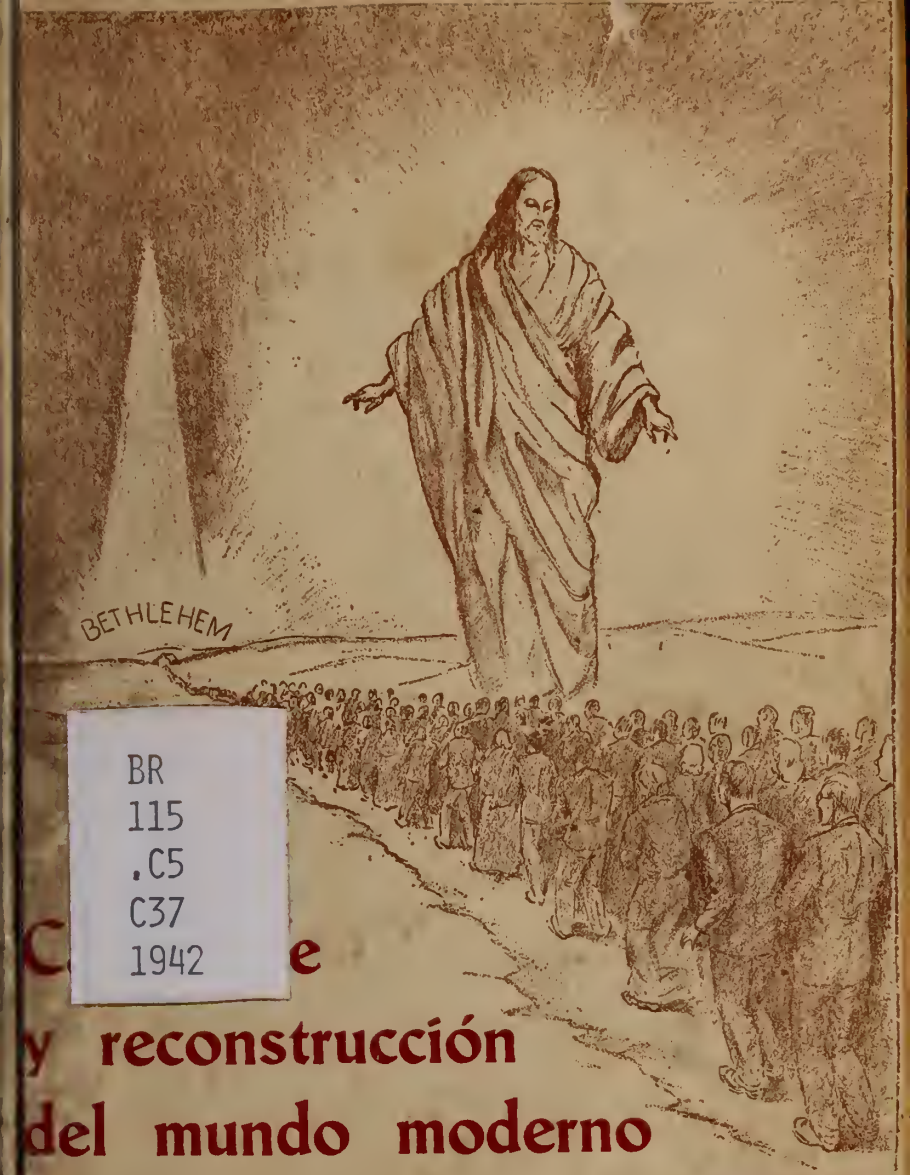

BR
115
.C5
C37
1942

C e
y reconstrucción
del mundo moderno

LIBRERIA NUEVA
Apartado 81
Bogotá

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 7 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

BR
115
.C5
C37
1971

LIBRARY OF PRINCETON
SEP 7 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

Catástrofe y Reconstrucción del mundo moderno

ESTUDIOS HISTORICO-SOCIALES POR UN GRUPO DE ESCRITORES COLOMBIANOS

LIBRERIA Y EDITORIAL SPLENDOR

Cuáles han sido las causas de la catástrofe mundial?

Cómo podrá reconstruírse el mundo moderno cuando la paz flote sobre sus ruinas?

LIBRERIA NUEVA
APARTADO 81
BOGOTA

Con las debidas licencias

PROLOGO

Ofrecemos a nuestros lectores esta serie de importantes estudios sobre el tema que hoy preocupa angustiosamente a todos los hombres pensadores.

Estamos presenciando trágicamente el derrumbamiento de la civilización moderna. Ante ese derrumbamiento se formula una pregunta de suma trascendencia:

—Cuáles han sido las causas de esta catástrofe mundial?

Y hay otra pregunta más importante todavía:

—Cómo podrá reconstruírse el mundo moderno, cuando, después de la catástrofe, la paz flote sobre las ruinas?

Los autores de estas páginas, que han llevado a cabo su estudio con una gran unidad de plan, dan una respuesta certera a esas preguntas tan urgentes.

Los Editores

Bogotá, 1942.

CONTENIDO

Primera Parte: Construcción y catástrofe

Capítulo I: La construcción de la gran unidad cristiana, por J. M. Pacheco, S. J.

Capítulo II: La ruptura de la gran unidad cristiana, por A. Valtierra, S. J.

Capítulo III: La catástrofe de la desunión, por F. Velásquez, S. J.

Segunda Parte: La reconstrucción del mundo moderno

Capítulo IV: La reconstrucción del individuo en el mundo moderno, por E. Salcedo, S. J.

Capítulo V: La reconstrucción de la familia en el mundo moderno, por J. Martínez, S. J.

Capítulo VI: La reconstrucción social del mundo moderno, por J. Ortiz, S. J.

PRIMERA PARTE

Construcción y catástrofe

CAPITULO I

La construcción de la gran unidad católica

Por Juan M. Pacheco, S. J.

Tiempos tenebrosos, siglos bárbaros, fue por mucho tiempo de moda llamar así a los tiempos medioevales. Pero hoy la crítica histórica más serena y mejor informada ha hecho cambiar de criterio a los eruditos. La Edad Media aparece a la luz de los documentos como una época cumbre de civilización.

Ya el positivista Augusto Compte la consideraba "como la época del mundo de más perfecta organización" (1), juicio que concuerda con el de Hilario Belloc, uno de los más notables escritores modernos de Inglaterra, para quien durante la Edad Media domina "una civilización,

(1) Citado por Mourret, F. **Historia general de la Iglesia, IV, p. 3.**

la más alta y mejor de cuantas conoce la historia" (2).

Esta civilización es la obra de la Iglesia Católica. Todos los pueblos europeos, guiados por un sentimiento íntimo, la veneran y siguen dóciles sus inspiraciones. Una única cultura cristiana domina desde las olas del Atlántico hasta las orillas del Dnieper.

Hacía ya largos años que las fronteras del viejo imperio romano sufrían una violenta presión. Pueblos jóvenes y vigorosos venidos del norte y del este trataban en vano de romper el cinturón de las legiones romanas. Al finalizar el siglo IV las fronteras empiezan a quebrarse. Los visigodos franquean el Danubio; los vándalos atraviesan el Rhin, invaden la Galia y van a saquear a España. Alarico, en 401, se acerca con sus godos a Milán, y nueve años más tarde su caballo trota por las calles de la capital del Imperio.

Y vino el derrumbamiento del mundo romano. Toda aquella espléndida, pero ya caduca civilización, cae ruidosamente a tierra. En su ruina arrastra instituciones y costumbres.

El cristianismo había echado hondas raíces en el mundo romano. No es extraño que muchos vieran con espanto la catástrofe y creyeran amenazada la misma existencia de la Iglesia Regiones antes cristianas son ahora teatro de cultos idolátricos; donde hace poco brillaba la cruz de Cristo enseñorean ahora las insignias del dios Thor. La herejía arriana, que había inficionado la mayoría de los bárbaros, se exten-

(2) **La crisis de la civilización**, p. 108.

día como una mancha por las provincias centrales del Imperio.

San Jerónimo nos ha dejado estampados en sus cartas esos gritos de angustia: "Mi corazón se estremece de pavor al ver los desastres de nuestra época... Por todas partes duelos, gemidos, fantasmas de muerte... El mundo romano se derrumba..." (3), y el historiador Lactancio escribía que no había razón para poner en duda la proximidad del fin del mundo (4).

Pero una nueva actitud se fue abriendo paso entre las filas cristianas. La Iglesia no podía morir. Su institución es divina. Era menester convertir a los bárbaros. Y comenzó esa obra prodigiosa de la cristianización de los nuevos pueblos. Obra saturada de sacrificios y heroísmos.

El 25 de diciembre del 498 o 499 un hecho decisivo en la historia de la civilización tiene lugar en Reims. El joven rey franco, Clodoveo, recibe el bautismo de manos del Obispo San Remigio. Su conversión era, en gran parte, obra de su esposa Clotilde. Pero un suceso le había hecho romper con todas sus vacilaciones. El Dios de Clotilde invocado en una reñida batalla contra los alamanos, le había dado la victoria. Clodoveo cumplió el solemne juramento que había hecho al invocar su auxilio. Con tres mil soldados de su guardia se hace bautizar en la catedral de Reims. Un grito de triunfo resuena en

---

(3) **Epist.**, 60, 16.

(4) **Inst. divin.**, 7, 25, 5.

toda la cristiandad. Clodoveo es saludado como un nuevo Constantino.

Su conversión coloca al rey franco en una ventajosa posición. En pocos años se ve al frente de una poderosa y compacta monarquía. "La Iglesia Católica, cuyo campeón era, escribe Kurth, comunica a todas sus obras parte de su fuerza y duración, y agrupa a su alrededor los elementos de éxito que los monarcas arrianos dejaban escapar de sus manos" (5).

Siguieron los pasos del pueblo franco los borgoñones. San Avito, obispo de Viena, logra convertir al heredero del reino Segismundo.

Casi un siglo después de los francos, otro gran pueblo, el visigodo, dueño de España, pasa sus reales al campo católico. En vano se habían empeñado los monarcas arrianos en ahogar en sangre la simiente católica. Un gran obispo ocupaba en aquel entonces la sede de Sevilla, San Leandro. El trae a la verdadera fe a Hermenegildo, el heredero del trono. No se desalienta cuando ve a Hermenegildo caer asesinado por su mismo padre. Recaredo, el segundo hijo del rey, siente también el ascendiente de San Leandro, y con un numeroso grupo de los suyos entra en la Iglesia Católica. El 8 de mayo del 589 es una fecha crucial en la historia de España. 74 obispos se reunían, en Toledo, en un gran concilio. Delante de ellos Recaredo abjura la herejía, condena el arrianismo y da fuerza de ley a las decisiones conciliares.

En el extremo de España, en Galicia, se ha-

(5) **Les origines de la civilisation moderne** (7 ed.) II, p. 15-16.

llaban los suevos. Años hacía que eran católicos. Su rey Cararico, vivamente impresionado por una curación obtenida por mediación de San Martín de Tours, pasa a la ortodoxia con todos los suyos.

San Patricio había convertido a Irlanda. Tenía 16 años cuando fue llevado cautivo a aquella isla. Los largos años de sufrimientos le acercan al Señor. Vuelto a su patria tiene un sueño misterioso. Recibe una carta en que los habitantes de Irlanda le llaman en su auxilio. Patricio oye el llamamiento y torna a Irlanda, consagrado ya obispo. Fija su sede en Armagh y despliega una intensa actividad. A su muerte el país era católico.

Pero Irlanda no guardó para sí sola su dicha. Se convierte pronto en un centro irradiante de catolicismo. De ella parten escuadrones de monjes misioneros que van a conquistar para Cristo nuevas regiones. Unos se dirigen al norte, a Escocia, a las islas Hébridas, a las Orcadas... Se destaca entre ellos San Columba. Iona, una diminuta isla, es su centro de operaciones. De allí salen los apóstoles de los pictos y de los escotos. Otros penetran en el continente. Evangelizan a Bélgica, Alemania, Suiza, y llegan hasta los Apeninos. El más famoso es San Columbano. Su ruta está aún hoy marcada por los célebres monasterios de Luxeuil en Borgoña, San Galo en Suiza y Bobbio en Italia.

La conversión de los anglo-sajones es la obra del Papa San Gregorio Magno. El les envía al monje benedictino San Agustín, al frente de una pequeña tropa. Desembarcan los misioneros

en la isla de Thanet, en la desembocadura del Támesis. El rey de Kent, Etelberto, les recibe al aire libre, rodeado de sus guerreros. "Vuestras palabras son bellas pero nuevas; por esto no puedo dar inmediatamente mi asentimiento". Pero bien pronto recibe el bautismo, en Durovernum, el 1º de junio del 597. Imita el ejemplo de Etelberto su sobrino Saeberto, rey de Essex. La raza grave y meditadora de los anglosajones sólo se deja guiar por la convicción. El pueblo entero delibera en sus grandes asambleas sobre sus destinos eternos. Así deliberan los súbditos de Edwino de Nortumbria, "el melancólico Hamlet bárbaro, curado por el Evangelio", al decir de Kurth (6). Bastaron noventa años para convertir a toda la heptarquía. Los últimos en rendirse fueron los de Sussex, cuyo rey recibía el bautismo el 688.

Más difícil y lenta fue la conversión de los aguerridos lombardos, que habitaban el norte de Italia. La reina Teodelinda inició la obra de la evangelización, ayudada por San Gregorio. En 603 era bautizado católicamente el pequeño príncipe Adaloaldo, el primer rey lombardo católico. El movimiento hacia el catolicismo se acentúa en tiempos de Ariberto. Su predecesor Rodoaldo fue el último rey arriano.

La evangelización de la Germania fue acometida por una serie de intrépidos misioneros. A las orillas de los lagos suizos predican San Columbano y San Galo, San Fridolino en las márgenes del Rhin, San Ruperto evangeliza a

(6) **Les origines de la civilisation moderne**, p. 21.

Baviera, San Kiliano a Turingia y San Wilibrordo la Frisia. Pero entre todos estos apóstoles descuella San Bonifacio. El nombre propio de este gigante del apostolado era Winfrido. Había nacido en Inglaterra, y desde joven siguió la vocación benedictina. En Roma cambia su nombre por el de Bonifacio y recibe del Papa la misión de convertir a los paganos. Su apostolado se despliega en Hesse, Baviera, Turingia, Frisia... Talento organizador va dejando por doquiera que pasa sólidamente establecida la Iglesia. El martirio corona su vida, el 5 de junio del 754, en las costas holandesas.

Pero los sajones que se extendían desde el Rhin hasta el Oder, aún adoraban a sus ídolos en sus bosques sagrados. La vida del misionero que se atrevía a penetrar entre ellos estaba cercada de peligros. Carlomagno se decide a sujetarlos por la fuerza y les obliga a pedir el bautismo. Pero aquella conversión violenta no tiene arraigo. Una sublevación echa todo por tierra. Incendios de iglesias y monasterios ensombrecen el cielo de Sajonia. El castigo del emperador es terrible. Widukind, el jefe sajón, cede y se hace cristiano. En la paz el avance del cristianismo es más sólido, y el alma selvática del sajón se transforma a la luz del Evangelio.

La conversión de los sajones deja abierta la vía a los países escandinavos. San Ascario llega a convertir a Hérigar, el consejero del rey de Suecia. Años más tarde el rey Olavo se bautiza y su pueblo le sigue poco a poco. Noruega al convertirse se hace un centro de expansión misionera. De ella salen los que evangelizan a

Islandia, y a Groenlandia, ya en tierras americanas.

El cristianismo triunfa definitivamente en Dinamarca en tiempo del rey Canuto, quien va hasta Roma a venerar el sepulcro de San Pedro.

Pero no sólo la raza germánica atraía el interés de la Iglesia. Al oriente del Oder se dispersaba la gran raza eslava. Sus grandes apóstoles son dos monjes griegos: San Cirilo y San Metodio. San Adalberto trabaja entre los checos, que acaban por rendirse a Cristo a principios del siglo XI. Polonia es fácil de conquistar. El duque Miecislao I es convertido por su esposa y funda el primer obispado polaco, el de Poznen. De Polonia se propaga el cristianismo a las regiones bálticas.

Enclavados entre los eslavos están los húngaros. Su rey Geiza se convierte, y su hijo San Esteban eleva a su pueblo a una gran cultura cristiana.

A principios del siglo XII Europa entera era cristiana. Fue un enorme triunfo. Al enfrentarse la Iglesia a los bárbaros el éxito, humanamente hablando, parecía desesperado. Se presentaba desarmada, con un severo código moral, ante un mundo que sólo se doblegaba ante la fuerza y no reconocía otra ley que sus pasiones. Por esto este período se presenta tan lleno de luchas, donde alternan derrotas y triunfos

Pero no era esta la labor principal de la Iglesia. Era menester pulir esa alma bárbara y darle facetas en que se reflejara la divinidad. Trabajo lento y difícil. Se le puede seguir a través de la lenta evolución de las costumbres y leyes. Pero preferimos colocarnos en medio del siglo

XIII, el siglo cumbre de la edad media, y dar un vistazo a la organización de la cristiandad.

Una pujante cultura cristiana domina aquella época, que entiende el valor de los motivos sobrenaturales. No queremos decir que estos siglos carecieran de defectos; "sabemos de sobra —diremos con Montalembert— todos los sufrimientos, quejas y crímenes de estos siglos.... Pero entonces la fuerza del mal encontraba en su camino la fuerza del bien, que parecía aumentarse al provocar el combate. Los males que el mundo padecía eran más bien materiales que morales. Una inmensa salud moral neutralizaba todas las enfermedades del cuerpo social. La fe, que había penetrado en el mundo, que reconocía como suyos a todos los hombres sin excepción, había infiltrado en todos los poros de la sociedad como una savia bienhechora" (7).

En el aspecto religioso un hecho de incalculables consecuencias se nos presenta en primer término. En la Edad Media Dios no es un ser nebuloso, abstracto, sin ningún contacto con la sociedad. Dios es una realidad viviente, el dueño absoluto de la creación, el fin al que tiende toda la vida humana. Sus derechos priman sobre todos los derechos humanos.

Así se explica cómo el grito de "Dios lo quiere" hizo surgir ese grandioso movimiento de las Cruzadas. Millares de señores y vasallos colocan en sus pechos la roja cruz y marchan ani-

---

(7) **Histoire de S. Elisabeth**, Oeuvres, VII, p. 146 s.

mosos a arrancar a los infieles la patria de Nuestro Señor. "Sintióse toda Europa conmovida, escribe el historiador Mourret; ninguno se escapó de la conmoción. Todos los ojos se tornan hacia la cruz de Cristo como hacia el objeto más digno de exigir el sacrificio de una vida humana" (8).

Un índice de la piedad de esta época es el florecimiento de las órdenes religiosas. Un solo hecho. La extraordinaria difusión de los franciscanos nos habla muy alto de la sed de espiritualidad del mundo medioeval. Cincuenta años después de su confirmación los cálculos más moderados hacen subir de 20.000 a 30.000 los miembros de la orden, repartidos en 1.100 conventos (9).

La piedad busca mil manifestaciones externas. Hay es cierto ridículas supersticiones entre el bajo pueblo, que manchan esta religiosidad. Pero no puede negarse que la piedad medioeval es sincera y fervorosa. La persona de Jesucristo es un centro de atracción. El culto a la Sagrada Eucaristía reviste especialmente un gran esplendor. Le sigue de cerca la devoción a Nuestra Señora.

La fe profunda no podía menos de repercutir en **la vida social.** La esclavitud desaparece, y tan completamente "que el historiador, afirma Kurth, no encuentra sino su sombra, es de-

---

(8) **Historia general de la Iglesia,** IV, p. 265.
(9) Halphen, **L'essor d'Europe,** p. 325.

cir, esa población rural que vive tranquila y respetada bajo la protección de la cruz" (10).

El trabajo manual, al que profesaban horror romanos y bárbaros, lo ennoblece la Iglesia por medio de sus monjes, que ostentan sin rubor sus encallecidas manos. Y entre aquellos monjes los hay descendientes de reyes y príncipes.

El obrero tiene un sitio especial en el corazón de la Iglesia medioeval. Para él organiza las célebres corporaciones o gremios envidiados por nuestros modernos sociólogos. De ellas dice un socialista, Henry de Man: "El artesano veía nacer y formarse en sus manos el producto de su trabajo. Su obra le pertenecía, no solamente por el derecho de propiedad, sino también por cuanto dependía únicamente de su iniciativa. de su habilidad, de su diligencia y de su espíritu creador. Y la civilización de esta época, dicho sea de paso, era una civilización armoniosa de trabajo colectivo, ante la cual la nuéstra, dominada por el dinero, parece un caos de penosas disonancias. Todo lo que produjo la civilización medioeval queda como testimonio vivo del apogeo de la historia humana, porque en cada una de sus obras palpita el alma del obrero que la creara. Para el artesano el trabajo era un placer, una manifestación de su propia vida, un medio de exaltar su personalidad" (11).

No olvida a los desgraciados. La Edad Media es la edad de los hospitales, asilos, y obras de

(10) Ob. cit., p. 125.

(11) **Más allá del marxismo.** Citado por Restrepo, F. S. J. en **Corporativismo de estado...**" Revista Javeriana, X, p. 220.

caridad. Su amor a los pobres no nacía de un frío filantropismo, sino de un sentimiento más eficaz y que hacía revestir de amor los compasivos desvelos. Oculto bajo los harapos y las llagas del pobre se miraba a Cristo. Surgieron religiosos como los antoninos y los Hermanos de la Cruz que se consagraban a los hospitales y hospicios. Los leprosos eran llamados los enfermos del Señor y se tenían como santos los lugares que habitaban. A servirles se dedicaban los caballeros de San Lázaro.

Tampoco olvida a los cautivos y prisioneros de los infieles. La orden de la Merced, fundada especialmente para ellos, esmalta las páginas de su historia con sublimes hazañas.

No descuida a la mujer, por cuya dignidad vela solícita. La Iglesia sola, es capaz de presentarse ante el caprichoso bárbaro y decirle: "Estos son tus deberes". Sin enervar la autoridad del marido sostiene los derechos de la esposa. Contra Lotario de Turingia, Felipe I y Felipe Augusto de Francia defiende la indisolubilidad del matrimonio.

Pero quizá uno de los timbres más gloriosos de la edad media es la elevación de la carrera de las armas. Fue penosa esa transformación de los feroces señores en caballeros de Cristo. La fe sirve de base a este cambio. Reviste de un carácter religioso, lleno de simbolismo, la investidura del caballero, y le inspira esos sentimientos de valentía, lealtad, desprendimiento, idealismo, todo ese conjunto de cualidades que aún hoy llamamos espíritu caballeresco.

La sociedad entera es plasmada por manos

de la Iglesia. Toda la cristiandad se mira como una gran familia, en la que el Sumo Pontífice ocupa el primer puesto. El poder de los Papas alcanza entonces su máxima elevación. Los reyes lo acatan y le ofrecen sus reinos en feudo.

"Si se quiere penetrar, dice Kurth, en el corazón de la edad media para ver lo que tiene de nuevo y en qué se distingue de la sociedad antigua se observará que bajo la influencia del cristianismo, la orientación de la vida individual y de la vida social están del todo transformadas. Los espíritus dirigentes de la edad media no conciben la vida de aquí abajo, y por consiguiente de la misma sociedad, sino como una preparación para una vida y sociedad mejores, que es el reino de Dios. El reino de Dios es un ideal, al que cada individuo debe tratar de aproximarse lo más posible por el cumplimiento del mandamiento nuevo: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios" (12).

Una somera mirada al **campo cultural.** Si los tesoros literarios de la antigüedad se salvaron de la ruina, lo debemos a los escribas monacales que pacientemente dedicaban sus vidas a la copia de los manuscritos.

Las universidades son una de las creaciones más originales de la edad media. La Iglesia da forma y vida a esas grandes instituciones que se llaman las universidades de París, Tolosa, Oxford, Bolonia, etc.

Es la época del florecimiento de la escolásti-

(12) Artículo **Moyen Age** en **Dict. de la Foi. Cathol. III**, c. 945.

ca, ese soberbio sistema filosófico y teológico, de compacta estructura, de solidez inquebrantable, que ha merecido el nombre de filosofía perenne.

Descuellan genios como San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino, San Anselmo, San Buenaventura y Juan Dums Scoto.

En el campo artístico nos encontramos con esa forma nueva y sublime de la arquitectura gótica, culminación de una serie de creaciones artísticas. Aquellas aéreas catedrales, en las que cada piedra está labrada con primor de artista, son hoy el orgullo de las naciones europeas.

La escultura produce obras tan perfectas, que críticos de arte no vacilan en compararlas con las clásicas del apogeo griego. La pintura encuentra el más fecundo de sus procedimientos,—la pintura al óleo,—en la celda de un monje medioeval.

Y en las bellas letras nos basta mencionar las canciones de gesta tan llenas de inspiración cristiana, y a Dante con su Divina Comedia, en la que bulle todo el pensamiento de la época.

En los siglos XIV y XV rachas de independencia empiezan a socavar los cimientos de esta cultura católica. Ellas preparan la entrada de la revolución protestante que acaba por derrumbar los sillares de esta construcción medioeval. Falto de apoyos religiosos ha venido el mundo a rodar a esta crisis de angustia en que hoy gime. Hoy, el mundo, desde el fondo del abismo en que yace sumido, pide, como predecía Montalembert, "que se le repitan los cantos de su juventud".

CAPITULO II

La ruptura de la gran unidad católica

Por Angel Valtierra, S. J.

Ante la catedral gótica de Beauvais todo artista se siente impresionado. Al contemplar esos contrafuertes poderosos, sus basamentos magníficos, sustentadores de atrevidos pilares, y sentir allá arriba tronchadas violentamente las agujas de sus torres, se piensa en algo extraño que rompió la unidad de ese conjunto armónico de proyecciones vigorosas. Las crónicas cuentan que la peste negra pasó por Beauvais al finalizar la edad media, que sembró la desolación y la ruina, que paralizó la unidad constructiva de obras gigantescas. Parece un símbolo. En el panorama histórico ocurrió algo parecido. Un mundo nuevo que caminaba a la luz del Evangelio había surgido sobre las ruinas del paganismo greco-romano y tras siglos de afanoso trabajo iba construyendo un ideal de la vida, grandioso en sus fundamentos, ágil en su es-

tructura, risueño en sus esperanzas unificadoras, se acercaba a la edad moderna con todo el empuje del vigor conquistado.

Pero un día, algo violento se introdujo en la historia, causa de catástrofes... algo que rompió la unidad católica del mundo medioeval.

En el capítulo anterior vimos cómo surgió un mundo joven y conquistador que en medio de las tormentosas pasiones medioevales logró infundir en aquellos pechos bárbaros, rudos y sencillos la idea de unidad en la sumisión. Edad Media, tan calumniada! Cuando la idea católica de hermandad unía razas y naciones opuestas! "Epoca en que Europa, en frase de Belloc, alcanzó su expresión más auténtica y cuando probablemente nuestra raza fue más feliz" (1), La desunión egoísta, la rivalidad aislada de intereses encontrados sin un ideal común suprahumano que unifique los esfuerzos desencadena necesariamente la lucha. El mundo interno agitado del hombre hallará su expansión exultante en la desolación y en la catástrofe. Por eso sólo la idea religiosa común es capaz de mantener a raya los instintos individuales y nacionales, poner un dique a esa corriente de egoísmo que como lava cálida salta del corazón humano. Esta fue la labor callada y unificadora de aquellos obreros de la edad de oro medioeval. En el terreno religioso sus manos callosas levantaron catedrales, símbolos en piedra, obras armónicas de seres que sentían con el sonido de sus martillos la alegría serena de la solidaridad en una unión de creencias y esperanzas. En el

(1) Hilaire Belloc. "La Crisis de la Civilización", p. 120.

aspecto social es la unión gremial coordinada, en la corporación noble, defensora de la justicia en los derechos encontrados. En el campo político se refleja esta unidad de miras en la subordinación dentro de un margen amplio de poderes independientes; colaboración religioso-temporal dentro de la jerarquía moral de valores, en donde todo se rige por el principio fundamental de la autoridad en cuanto emana de un poder superior divino. Finalmente, unidad y armonía en el aspecto internacional, cuando al grito de Dios lo quiere, abandona sus adustas montañas el rudo germano y el alegre meridional pletórico de sol y de color y juntos se dirigen a la conquista del santo sepulcro. "Unidad universal cuando una vasta federación de pueblos cristianos se agrupa bajo la autoridad suprema del Pontífice Romano, jefe espiritual de todos los fieles y árbitro reconocido de pueblos y reyes" (2). Jerarquía de valores fuertemente ligada por deberes y derechos.

Pero al finalizar la edad media se oyen ruidos de rebelión. La tempestad se avecina. Este proceso de desintegración comienza en el siglo XIV y XV, culmina en el XVI con el protestantismo, la gran catástrofe, naufragio de la gran unidad.

Novalis escribió un día nostálgicamente, "Oh cuán hermosos tiempos aquellos cuando Europa era todavía un país cristiano unido" (3). El panorama histórico al finalizar la edad media es complejo. Existen intentos de ruptura de la uni-

(2) Fernando Mourret. "Renaissance et Reforme", p. 15.

(3) Apud Weis. Hist. Univ. T. VIII, p. 696.

dad de fe. Caos religioso y caos político. Encadenamiento de causas en un todo agitado. Imposible explicarnos el mundo moderno sin remontarnos a la revolución religiosa del siglo XVI e imposible comprender ésta sin analizar las agitaciones religiosas sociales y políticas de los siglos XIV y XV.

Constant en su libro sobre la reforma de Inglaterra, pone el espíritu de nacionalidad, esencialmente separatista, como la causa remota de la ruptura de la gran unidad de los siglos de oro medioevales (4). La guerra de los cien años deja tras de sí ruinas y odios entre Inglaterra y el continente, hay restos simbólicos en la hoguera donde murió Santa Juana de Arco. Enrique VII une las casas de Lancaster y Yorck y con ello da un golpe terrible a la nobleza feudal inglesa. Luis XI en Francia, prepara el camino a Francisco I al unificar sus estados. Maximiliano I en Alemania, se gloría de ser un Rey alemán solamente. El ideal del Sacro Imperio ha terminado. Para España al rendirse Boabdil y caer Granada en 1492 mientras las quillas de sus caravelas enfilan su proa a mundos nuevos empieza un capítulo de historia profundamente distinta. Mientras tanto, allá en los confines europeos por la brecha que deja Constantino XI, penetran en Constantinopla los turcos y Mahomet es el Sultán infiel que se mirará como una potencia más. Todas las naciones al sentirse fuertes empiezan a olvidar su origen cristiano. Olvidan "que como las abejas forman la colmena, así Europa fue formada por los

(4) L. Constant. "La Reforme en Angleterre", p. 2.

Obispos", en célebre frase del heterodoxo Gibbons (5).

El orgullo nacional crece. Todos los Estados quieren tener la hegemonía. Entretanto en el interior de la cristiandad se desarrollan dos acontecimientos de consecuencias trascendentales: el destierro de Avignón y el cisma de Occidente. Felipe el Hermoso, rey de Francia, está contento. Un hijo de Burdeos es elegido Papa en 1305. La cristiandad ve con estupor cómo de la Roma Eterna sale el cortejo papal y se dirige a la villa de Avignon. En toda Europa reina la inquietud. Las naciones ven en este período (1309-1377), influencias partidaristas, y con esto disminuye la autoridad del Sumo Pontífice.

El camino estaba preparado para el gran cisma de occidente. El pueblo cristiano está dividido. La unión cristiana ha sufrido una herida que tarda en cicatrizarse casi medio siglo (1378-1417). Papas y antipapas se suceden. Turbación. Luchas y egoísmos. Ambiente de fermentación ideológica malsana, que poco a poco intenta minar la unidad de cristianismo. En el fondo no hay ruptura con la fe de los antepasados. Se procede con buena intención con una especie de tibieza inquietante. Porque allá en el fondo de los pueblos cristianos resuena la unidad. Era lo más sagrado que tenían. Así cuando el Concilio de Constanza en 1417 puso fin al cisma, un grito de júbilo se levantó lo mismo de España y Escocia que habían seguido a Benedicto XIII, que de Italia y Alemania que obedecían a Gregorio XII. Martín V, Pontífice único, pudo rezar un so-

(5) Apud. Auguste Nicolas. "Du Protestantisme et de toutes les herejies", p. 114.

lemne Te Deum por toda la cristiandad unida.

En el interior de la Iglesia aparecen dos corrientes ideológicas disgregadas. Wicleff y Huss son sus representantes. Es la lucha del poder temporal y el espiritual. "Ha llegado el tiempo de reclamar la herencia de la Iglesia". Es el lema de Wicleff. Y Huss, el tribuno mordaz, vibrante, influído con un falso misticismo, "genio naciente de la revolución moderna", en concepto de Luis Blanc, mina las bases de todo orden al atacar la jerarquía en su integridad; después de él, escribió Bossuet, el mundo lleno de asperezas iba a engendrar a Lutero. Estas discrepancias en el campo de las ideas repercuten en el pueblo en forma acentuada de decadencia. La materia al querer sumergir al espíritu en los repliegues de la duda enfermiza produce desviaciones morales. Hilario Belloc distingue varias características en este período (6):

a) Graves heridas que se infligen a la unidad de fe, de disciplina y de organización. Federico II y Avignon hablan muy alto.

(b Consecuencia de esto, cierta debilidad y osificación de la estructura orgánica de la Iglesia, supersticiones, leyendas, simonías.

c) Dudas y extravagancias que se extienden a puntos doctrinales y se vinculan a la autoridad y costumbres.

d) Tendencia a apoyar la autoridad más en la fuerza que en el acuerdo armonioso.

No hay que exagerar, como lo hacen los protestantes, el alcance de este deterioro religioso. Existía un núcleo inmenso de tradición vital, estímulos creadores, almas santas de los siglos XIV

---

(6) Belloc. op. cit. p. 130.

y XV, que con su ejemplo y vida elevaban el mundo que en su cansado vuelo parecía de nuevo tender al paganismo y resucitar la carcajada epicúrea y cinica del Imperio decadente. **Resucitar, renacer.** A eso tendía el movimiento humanista y renacentista pagano. El historiador de los Papas, Ludovico Pastor, escribe "que apenas hay en la historia de la humanidad, después de la época en que se realizó la transformación del mundo pagano antiguo, otro período más digno de consideración (7). Profundos contrastes. El renacimiento no es el paso de las tinieblas medioevales a los esplendores de la luz moderna, como aseguran los protestantes. Esa mirada nostálgica al paganismo, la aparición en plena Roma cristiana de las estatuas desenterradas de Venus y Júpiter; el descifrar en bellos manuscritos toda una cultura sonriente, rodeada de estigmas bochornosos, todo esto produjo en un sector intelectual ese rejuvenecimiento neopagano, que tuvo sus adalides en Bocaccio, Valla y Becadelli. La vida armoniosa y sonriente, el "dolce far niente", al calor de rescoldos pasionales, el diletantismo filológico e intelectual ablandó el corazón con la voluptuosidad, infló el espíritu con el orgullo y surgieron hombres paganos en el pensamiento, hijos de las "Facetias" de Poggio y paganos en la acción, discípulos del Príncipe de Maquiavelo. Surgió una generación sobreexcitada espiritual y sentimentalmente, desequilibrada con frecuencia y vinieron los descarríos que se hubieran podido encauzar, pues no era la escisión brutal posterior. Porque allá del fondo

---

(7) Ludovico Pastor. **Historia de los Papas.** T. I, p. 107,

cristiano del mundo occidental surgían voces que proclamaban cómo "sólo a la luz del cristianismo puede juzgarse el mundo antiguo de una manera recta, justa, completa. Porque el ideal de la humanidad que concebía el paganismo y encarnaba en sus dioses ni era todo el ideal ni un ideal completo, era bosquejo, fragmento, cuyas lagunas exigían un complemento en un todo superior" (8). El complemento que iluminó a Dante y Leonardo, a Rafael y Miguel Angel.

El renacimiento pagano al intentar entrometer un nuevo ideal fracasado en la corriente vital cristiana de dieciséis siglos de cauce preparaba el terreno indirectamente para una ruptura definitiva de esta corriente poderosa en arroyuelos infecundos y tortuosos. Las consecuencias fueron desastrosas. Todo estaba listo para la explosión, y la explosión sobrevino.

El protestantismo es para algunos historiadores el gran libertador, un vuelo atrevido del pensamiento humano. John Lord, escribe: "Entre los grandes benefactores de la humanidad, Lutero ocupa uno de los puestos más ilustres (9) y Harnack, el célebre crítico afirma que el protestantismo es el movimiento más considerable y el más benéfico" (10).

Lutero, benefactor... genio. El protestantismo lo más benéfico... La Iglesia católica antes del siglo XVI había iluminado un mundo pagano,

(8) Ludovico Pastor. **Historia de los Papas.** T. I, p. 167.

(9) John Lord. **Beacon of History**... T. VI, p. 217,

(10) A. Harnack. **Essence du Christianisme.** París, 1907,

cruel y sensual, con las palabras puras del Evangelio, con el ideal divino del Verbo hecho carne. Beduino generoso de nuestras tiendas manchadas. Modeló vigorosamente del egoísmo judío, personalidades como Saulo, de los ardientes númidas, genios como Agustín, del sensual romano del imperio, almas puras como Inés y puso en un mundo cansado y decadente la alegría del vivir, las esperanzas sobre las tumbas y el aliento refrescante de la juventud. La Iglesia católica no tembló ante el galopar de los corceles bárbaros. En medio de las ruinas del Imperio envió sus misioneros para que recogieran en sus mantos los restos que ya ardían de la cultura antigua. La Iglesia católica forjadora de unidad. Antes del protestantismo ella puede presentar hombres como San León y San Gregorio, San Remigio y San Leandro, San Columbano y San Bonifacio, San Cirilo y San Metodio, personajes gigantescos que ante ese desgajamiento de razas belicosas venidas del Rhin y del Báltico, de las estepas sibernianas y de la Mongolia, cuando todo el Imperio cruje, salen a su encuentro y con miradas serenas y bondad de santos aplacaron odios, suavizaron orgullos, unificaron los ideales terrestres en un ideal más alto, formaron con espadas bárbaras y cruces romanas la cristiandad unida, vigorosa, con una fe y una esperanza.

Sin embargo, es ser gran benefactor, es ser genio, es beneficioso, protestar contra esta Iglesia milenaria, lanzar la tea incendiaria sobre la cristiandad, desencadenar los egoísmos nacionales y raciales, y esto en el momento en que un mundo nuevo, entra en la zona de influencia civilizadora, en el momento en que Europa siente el alfanje musulmán en su carne, en el momento en

que la imprenta y la pólvora iban a revolucionar al mundo. Con razón escribe el gran Balmes: "Si dividir los ánimos, provocar discordias, excitar guerras, convertir en enemigos a pueblos hermanos, hacer de un banquete de familia, una arena de encarnizados combatientes, si todo esto es un mérito, este mérito lo tiene el protestantismo; pero si es un cúmulo de plagas para la humanidad, de esas plagas es responsable también el protestantismo" (11).

Esa protesta fue la herejía más radical y mortal, según Augusto Nicolás (12), "la explosión y el desmoronamiento que tuvo las más terribles repercusiones en todos los sectores de la vida" (13), según Hilario Belloc. Y esto porque esa protesta violenta, cargada de odio, desgarró a la Iglesia una y cristiana. Desde entonces hay cristianos que no son católicos. Lutero, Zwinglio, Enrique VIII, Calvino, creyeron poder enfrentarse contra la Iglesia apostólica, romper su unidad, arrastrar a los pueblos de la cristiandad a la catástrofe. Las consecuencias serán terribles.

En el corazón de Germania resonó la voz del apóstata. Un sajón arrebetado y caviloso, de sensualidad ardiente, tipo neurótico acentuado, Martín Lutero, universitario en Erfurt, religioso agustino a los veintidós años, Profesor en el convento de Wintenberg, infiel a sus votos religiosos, casado más tarde con una ex-religiosa, Catalina Bora, personaje contradictorio y misterioso, en que a través de su energía y su elocuencia,

(11) J. Balmes. **El Protestantismo comparado con el Catolicismo.** T. III, p. 192.
(12) Op. cit. T. I, p. 120.
(13) Belloc. Op. cit., p. 165.

se vislumbra el espíritu soberbio; un día arroja la tea incendiaria en ese combustible acumulado en el bajo fondo del descontento antirromano. Y Alemania, la de las selvas profundas, terror del Imperio romano, tumba de muchas legiones, campo apostólico de San Bonifacio, héroe cristiano que supo infundir en aquellos espíritus reacios a la cultura occidental el orgullo de ser fieles al Vicario de Cristo, sellando en fusión de fe razas enemigas, dio oídos a la revuelta, fue el foco de la rebelión que avanzó por el centro y norte de Europa.

Se ha dicho que no fue Lutero el que hizo los tiempos nuevos, fueron los tiempos nuevos los que hicieron a Lutero... Este se enfrentó al Pontífice reinante, León X. Al quemar la bula de su excomunión, en la plaza de Wütenberg, queda fijado su destino. El protestantismo ha nacido. Se ha roto la unidad. Todo el fondo reconcentrado de razas hostiles tiene libre expansión. Las palabras, germano y latino, serán rubricadas con sangre. Odio inmenso al Papa, alienta en Lutero, reflejado en su epitafio: "Oh Papa,viviendo fui tu perdición, muriendo seré tu muerte". Pobre sér. Envuelto en una gran melancolía bajó al sepulcro y la Iglesia doliente en su Vicario, hoy en 1942 como allá en 1546, ora en el Vaticano por la paz y la unión que él, Lutero, contribuyó tanto a destruir. El protestantismo al separarse trajo la guerra interna y externa. Turingia ardió con la guerra de los campesinos, mil castillos en ruinas y 150.000 cadáveres. Müllberg, La Rochela y Lützen, el largo choque de la guerra de los treinta años, conflagración europea que termina con la hegemonía francesa

y fue origen de futuras represalias: 1870, 1914, 1940. Fondo sombrío de fuerzas ciegas desencadenadas por una protesta trágica.

"La reforma protestante, escribe John Lord, empezó con el pueblo y acabó con la guerra de los príncipes. La reforma inglesa, empezó con los príncipes y acabó con las revoluciones populares" (14).

Un día los asombrados isleños anglos, vieron llegar a sus costas a cuarenta monjes benedictinos, con su abad San Agustín. Y Albión, tierra legendaria del rey Arthus, adusta y recatada en sus neblinas, orgullosa en su soledad, acogedora de gaélicos y bretones, romanos y sajones, anglos y wikingos, se hizo cristiana con Etelberto. Tuvo alientos misioneros y sus hijos ansiosos de mar y horizonte cristianizaron a Alemania con San Bonifacio y Ricardo Corazón de León, fue un héroe cristiano, universal. Pero el grito de rebelión pasó también en el siglo XVI el canal de la Mancha. Un rey sensual, Enrique VIII, un confidente ambicioso, Cromwell, la llevan a romper con la cristiandad. Las consecuencias fueron desastrosas. Desde entonces, Inglaterra, no será la isla de ojos claros que mira con cariño solidario al continente. La torre de Londres enturbió en sangre muchas miradas que miraban a Roma. Tomás Moro y María Estuardo pagan con la cabeza la fe de sus padres. En los puertos irlandeses se acumulan grupos tristes y decididos... son emigrantes que huyen de su patria para conservar la fe que defenderá un día O'Conell. Al nuevo mundo del Norte llegó

---

(14) Lord. Op cit. T. VI, p. 295.

Drake, súbdito de Isabel de Inglaterra protestante, al nuevo mundo del Sur, habían llegado súbditos de Isabel la Católica; desde entonces en América hay dos creencias y con ellas dos ideales: hay cruces y hay dólares. Y la misma Inglaterra, legalista y culta, sufrió revoluciones populares, victorias puritanas a lo Oliverio Cromwell en Naseby (1645). Cuántas incomprensiones, cuántos odios, vinieron de la protesta de Enrique VIII para todo el mundo.

Completa la trilogía protestante, un tercer personaje, Calvino, cuya influencia, en opinión de Belloc, fue decisiva. Era francés. La Francia grande de Carlomagno y San Luis, la patria adoptiva de todas las ideas, tuvo que sostener una lucha heroica. Calvino con el genio orgánico y sistematizador de su raza fundó algo así como una contraiglesia organizada y definida, con fuerza fanática de expansión y permanencia frente a la anarquía de opiniones. El dio estructura férrea a las protestas aisladas. Y se lanzó a la lucha. Introdujo una cuña acerada en el corazón de Europa. En Francia, Suiza, Italia, Holanda, etc., aparecieron escuadrones intransigentes, antiunitarios, miembros de un Estado invisible. Se produjo la guerra fría, cruel. Enrique II, Francisco II, Carlos IX, Enrique III y IV, vieron sus reinos agitados por guerras de religión. Y aquí también hubo desolación y muerte. Condée, Coligny y los Guisas. Noche de San Bartolomé y barricada de París. Era la inquietud de pueblos en donde fermentaba el odio profundo producido por separaciones de abismo en las creencias.

La unidad cristiana estaba rota. Posteriormente la lucha entre hermanos absorberá la

mayoría de las energías. El odio ahondará trincheras entre las falanges de la Roma eterna y los reinos protestantes, entre los seguidores de Focio y Cerulario confirmados en su error y el obscuro mundo pagano que espera su salvación retardada por la división cristiana.

El protestantismo, sólo trajo a la pobre humanidad dolorida, una cosa que no necesitaba. Egoísmo y división. Crisis ideológicas sociales y morales. El mundo moderno se ha dicho es hijo de Voltaire y nieto de Lutero.

En toda revolución aparece primero el cambio espiritual; después y como consecuencia de éste el cambio en la filosofía social, y consiguiente transformación política; por último el cambio económico" (15).

Ahora bien, el siglo XVI, fue el siglo revolucionario: En el aspecto espiritual, derrumbe de dogmas, consecuencia necesaria de la tesis fundamental protestante del libre examen. Se cocoló al mundo en la pendiente de la duda inestable y la razón humana sin el apoyo firme de una visión infalible, paró en el escepticismo, refugio melancólico de espíritus cansados. De la libertad de pensar el hombre pasó al libertinaje naturalista. Al declinar la fe, impotente ante la crítica sin guía, el protestantismo se encontró con el caos en su credo. Quedábale sólo un dogma fijo,- el abandono de Roma. Poco a poco vinieron las concesiones y surgió el protestantismo liberal, racionalista, que preparó el camino a la diosa razón de la revolución francesa.

---

(15) Belloc. Op. cit., p. 167.

Este paso del protestantismo al filosofismo, lo dio sobre todo el célebre protestante Bayle, el filósofo, que en juicio de Voltaire, tiene en cada línea una blasfemia. Locke, Herbert, Toland, Voltaire, se encargarán de hacer el cristianismo razonable, es decir, de convertir la fe en razón, al Dios del Evangelio en la Razón suprema, y un día el mundo vio con estupor que el ateísmo había invadido el medio intelectual. Era la lógica perfecta de principios brutalmente encadenados.

"Ahora bien, la irreligión, es confesión de Rousseau, al estancar las fuentes de la vida, afeminar las almas, reconcentrándolas en el interés privado, va minando los verdaderos fundamentos de la sociedad" (16). La sumisión al orden sobrenatural es el alma de toda sumisión. Se rompieron las amarras con este orden divino y la revolución social y política se desencadenó necesariamente. El hombre, escribe Tertuliano, es de sólo Dios. Si este término desaparece, la autoridad pierde su sentido. Entonces tal vez el hombre dirá con los campesinos protestantes capitaneados por Müntzer, "ahora nos toca a nosotros ser los señores". Al grito contra Roma siguió el grito contra el soberano y el eco lejano de la revolución francesa. Racionalismo en el terreno religioso. Capitalismo frío y su reacción, socialismo revolucionario, en el aspecto social. Fermentación de odios egoístas en el aspecto internacional. Crisis todas terribles que los tiempos modernos sienten sobre

(16) Rousseau. Emile. Nota refutando a Bayle.

sí como el peso hereditario de una protesta violenta que rompió la unidad.

Ante el mundo angustiado, muchos espíritus sinceros sienten en el fondo de su alma aquella angustia nostálgica de Novalis, "cuán feliz era el mundo unido en una sola cristiandad".

CAPITULO III

La catástrofe de la desunión

Por Fernando Velásquez, S. J.

Al siglo XX, en sus cuarenta años que van corridos, le ha tocado presenciar dos catástrofes de magnitud excepcional: la guerra europea del año 14 y el actual conflicto más que europeo mundial, cuyo comienzo sabemos, pero cuyo término no podemos adivinar, ni en cuanto al tiempo que se retarde, ni en cuanto a las trágicas consecuencias y al resultado final.

Esta rápida sucesión de guerras, este desbarajuste del mundo, este odio profundo de corazón a corazón, de pueblo a pueblo, están clamando muy alto que la llamada civilización moderna adolece de vicios sustanciales, que el árbol gigantesco está podrido en su raíz y que por consiguiente sólo remedios radicales podrán salvar al mundo de la catástrofe total, del estado de barbarie a que vuelve rápidamente, a pesar de sus lujosos automóviles, de sus veloces aviones, de sus comunicaciones radiotelefónicas, de

su televisión y de sus mil otros inventos maravillosos.

En medio de tanta confusión de ideas como reina actualmente, detengámonos un momento a analizar con imparcial serenidad los males de mayor monta que descubrimos en nuestro tiempo, y veamos si en medio de su múltiple variedad, no tienen una causa común y fundamental, conocida la cual se podría hallar la solución de tan implicados problemas.

En los tres últimos siglos un oleaje de libertad desenfrenada y loca se ha desatado progresivamente por toda Europa y ha venido a dar sus últimas sacudidas en nuestras tierras americanas. La revolución francesa, con sus crímenes y violencias sin cuento, fue el comienzo de esa nueva éra cuyas trágicas consecuencias aún sufrimos. Su principal lema fue **libertad**; libertad ante todo de la sociedad y del estado con respecto a Dios. Se ha adoptado, dice el P. G. de Pascal "un sistema de vida política y social en el que el elemento civil no depende más que del orden humano, y puede—o según quieren otros **debe**—proceder sin relación obligatoria de dependencia de ningún género con respecto al orden sobrenatural". (1). Así, pues, el gobierno en cuanto gobierno, la sociedad en cuanto sociedad, se ha querido emancipar de Dios, lo ha querido relegar al fondo de las conciencias que buenamente quieran admitirlo, como si El no fuera el Señor y Dueño de todo cuanto existe, como si pudiera haber orden y

---

(1) Citado por Gustavo J. Franceschi. "Totalitarismo, Liberalismo, Catolicismo". Buenos Aires, 1940, p. 30.

justicia estables, verdadera autoridad en los gobiernos y obediencia en los súbditos, sin el público reconocimiento de un Sér supremo por quien rigen los reyes y mandan los gobernantes, que vigila y castiga con tormento eterno a los trasgresores del orden y la justicia pública.

Al falsearse los conceptos de libertad, autoridad y obediencia, se han aflojado los lazos de la sociedad ordenada y pacífica y el cúmulo de guerras, de revoluciones y atropellos de los últimos siglos, ha sido el saldo trágico legado por los fundadores y defensores de la libertad sin Dios.

De esta libertad laica y sin conciencia, han nacido la moderna ciencia económica sin Dios y sin corazón, el capitalismo opresor, el proletariado descontento y listo para la sedición y la matanza, el comunismo ateo y salvaje.

Examinemos brevemente estos puntos. En el sistema de autonomía y libertad individual, la función del Estado se reduce, en teoría, a impedir que una libertad llegue a extenderse y exagerarse tánto que lesione el derecho ajeno; a más no llega su poder de intervención. Decimos en teoría, porque en la práctica, qué autoridad puede fijar los límites de esas libertades y derechos? De ahí que la usura y la libre competencia sean los resultados en el terreno económico de dicho sistema de autonomía.

La usura, como una plaga permitida y aun protegida por el Estado, fue fruto de la seudo reforma protestante, como lo prueba muy bien Hilaire Belloc, pero ha llegado a su culminación en los más modernos regímenes de liber-

tad exagerada con las grandes instituciones bancarias que han logrado absorber multitud de pequeñas propiedades, precipitar en la ruina a millares de hombres necesitados de dinero y todo ello lo han hecho amparadas por la ley y escudadas tras el anonimato cruel e inmisericorde. Las instituciones de crédito, como pulpos gigantescos, han extendido sus tentáculos sobre la sociedad, han acaparado riquezas enormes y han llegado a ser uno de los factores principales del capitalismo y pauperismo actuales.

El segundo factor del capitalismo ha sido la competencia libre de toda traba, de toda intervención del Estado, de todo freno. Las grandes industrias han ido destruyendo poco a poco a las pequeñas de la misma clase, gracias a su mayor poder de propaganda y las grandes reservas que les permiten vender a precios bajos, aún más bajos que el costo de producción, mientras arruinan a sus competidores y reducen a la miseria a miles de padres de familia que vivían de sus pequeños menesteres... y esto siempre dentro de la ley, al amparo de la ley, obrando conforme a la ley. Podemos calificar de justas tales leyes?....

Al enumerar León XIII las causas del malestar social, se fija, entre otras cosas, en el aumento de la industria y en los grandes progresos de la ciencia. Los enemigos del Catolicismo, por no comprender o no querer comprender el pensamiento del Pontífice, acusaron entonces a la Iglesia de ser enemiga del progreso y de la ciencia. No es ciertamente enemiga del progreso; siempre que ha podido lo ha favorecido y muchos inventos modernos se deben a católicos

fervorosos y a sabios sacerdotes; pero la Iglesia, porque tiene corazón y ama a los pobres, se ha opuesto a que ese progreso del maquinismo se aplique sin conciencia y sin entrãña en contra del pobre obrero y en aumento incesante de las riquezas de unos cuantos.

Las grandes potencias europeas, al encontrar en sus colonias ricos filones de oro, plata, hierro, comenzaron por explotar despiadadamente a los indigenas. Principiaron entonces aquellas crueles cacerías humanas, los rebaños de esclavos de los siglos XIX y XX, contra los cuales alzó su voz indignada y enérgica el Cardenal Lavigerie. Luégo, en la misma Europa, vino el éxodo de los pequeños terratenientes hacia las ciudades, al ver que no podían competir con los latifundistas a quienes favorecían inicuas leyes. Pero en las ciudades encontraron muchas veces las puertas de las fábricas cerradas para ellos; en vez de brazos humanos se empleaban ahora para la industria bielas y palancas de acero, más productivas, más rápidas y con las cuales, sobre todo, no había que tener consideraciones humanitarias de ningún género. Con estas potentes máquinas quedaron de sobra millones de obreros, se arruinaron los pequeños manufactureros, los ricos se hicieron más ricos y poderosos, sin que hubiera para los caídos en esta lucha económica, cruel y anticristiana, más frase de conmiseración que la dicha por el jefe galo Breno a los romanos derrotados en Allia, "Vae victis". Ay de los vencidos!

Así, pues, resumiendo, el régimen de libertad inmoderada, de no intervención, de emancipación de las conciencias de Dios y de su ley, ha creado por una parte la pequeña casta de los

grandes capitalistas y por otra la masa enorme de los proletarios, de los despojados, a quienes después de privarlos de sus pequeños haberes, se ha querido también despojar del tesoro inestimable de su fe y su moral y se los ha convertido en instrumento dócil para la venganza, el odio y la revolución.

El grito de revolución mundial, dado por el comunismo ateo, ha encontrado millones de corazones que le han hecho eco y millones de puños que se han cerrado amenazantes contra el Cielo, como si del Cielo fuera la culpa y no de la tierra pecadora que ha olvidado a Cristo y sus preceptos.

*

Como reacción contra esta teoría de la libertad individual exagerada ha surgido otra teoría extremada y funesta, de consecuencias no menos malas que la primera y en todo caso más degradante de la persona humana y de sus valores intrínsecos y sobrenaturales: la teoría totalitaria.

Es cierto que todos los individuos de un Estado pertenecen de alguna manera al Estado, pero el error capital consiste en profesar que no sólo todos los individuos, sino todo el individuo, toda su vida particular, doméstica, social y espiritual pertenecen al Estado. Antes que el Estado, nos dice la sana razón, está la familia y antes que la familia la persona humana; por consiguiente, tanto la familia como la persona humana poseen derechos sagrados que ni deben ni pueden ser enajenados. Y el Estado, siendo como es, para la familia y para

el individuo y no viceversa, no puede de ninguna manera absorber al individuo y dominar a la familia.

Creemos y esperamos que estos regímenes totalitarios, llámense fascista, nazi o soviético, no serán más que un breve paréntesis en la historia de la humanidad, un borrón degradante en la página de los siglos, y que los hombres de un mañana tal vez no muy lejano, más cuerdos y más orgullosos de su valor como personas humanas, no se someterán a ser simples tornillos de ajuste, sin conciencia, ni personalidad, ni individualidad alguna, en la más o menos desvencijada máquina del Estado.

Pasando ya a terreno diverso, vemos que otro de los terribles males de la época moderna, y sin duda uno de los que más ha influído en la actual crisis de la civilización, es la inmoralidad en las costumbres.

La pornografía tiene hoy medio de propaganda sin cuento; sobre todo el cine y la revista inmoral han contribuído grandemente a dañar las antiguas y sanas costumbres de nuestros mayores, a socavar los fundamentos de la sociedad familiar y a destruir en las mujeres su más rica prenda, el pudor. Como resultado de todo esto se ha levantado una sociedad sensual y materialista, vacía de grandes ideales, marchita ya a los 18 o 20 años. Y en algunas naciones, si las cosas siguen el mismo rumbo, el problema de la escasez de nacimientos revestirá pronto un carácter alarmante. En los Estados Unidos, según la revista "Unión" de Méjico, en 1939 había 3 millones menos de niños que nueve

años antes. El caso es más trágico que el de la misma Francia.

Finalmente, para no alargarnos más en el triste recuento de tántos males, recordemos brevemente y sin descender a particularidades, que en el campo del Derecho Internacional la crisis es quizá más terrible que en ningún otro. A la razón y a la justicia se han sustituído la fuerza y la violencia; unas naciones han llenado los mares de potentes buques erizados de cañones con el ánimo no sólo de defenderse sino de aprovechar cualquier ocasión propicia de asaltar una playa y apoderarse de una colonia o nación débil; otras naciones, habiendo firmado ayer pactos y convenios, hoy, aun sin previa declaración de guerra, invaden a sangre y fuego a la otra nación pactante, premunidos por sus potentes tanques y destructoras máquinas aéreas. Esta falta de moralidad y justicia en las relaciones mutuas de las naciones, ha sido el último determinante de la actual guerra.

Vemos así, por este rápido e incompleto recuento, que son muchos y muy graves los males que pesan sobre la humanidad y que amenazan destruir nuestra milenaria civilización; todos ellos, sin embargo, tienen una proyección en un fondo único, de todos podemos encontrar un denominador común: el olvido de Dios. En el primer capítulo de este libro admiramos la maravillosa armonía de la Europa cristiana y creyente del siglo XIII, cuando uno era el Pastor que regía toda la grey, una la oración que salía de todas las almas, uno el Dios a quien se respetaba y se amaba en todas partes. Rota la unidad por la seudo-reforma protestante, cada cual ha escogido el culto que le place y adorado el

falso dios que finge su fantasía o al que le arrastra su pasión desordenada: el dios placer, el dios oro, el dios estado, el dios raza, el dios guerra...

Ahí está el pecado capital del mundo, ésta es, lo creemos firmemente, la causa última del desorden actual: el paganismo y naturalismo que ha vuelto a reinar en las conciencias, el laicismo de los gobiernos, el haber querido desterrar a Dios del corazón del individuo, del ambiente tibio del hogar, de las relaciones sagradas entre gobernantes y gobernados, de los convenios y pactos internacionales. Sin Dios, sin la ley de Cristo, no hay moral segura y firme; toda tentativa de orden y respeto a las leyes falla por su base ante el ataque de las pasiones humanas, ante el ímpetu del egoísmo y de la ambición.

*

El mundo se ha olvidado de Dios, pero Dios no se ha olvidado del mundo. Su mano justiciera pesa hoy con gravedad formidable sobre el mundo que lo ha rechazado y que se ve ahora convertido en teatro de la más cruda y feroz carnicería que registra la historia. Dios ha dejado que los hombres, llevados por sus mismas pasiones, sean arrastrados a la destrucción mutua, a ese combate legendario de millones contra millones. Dos características tienen las guerras modernas que las distinguen de las antiguas: el ser universales y el ser en extremo grado destructoras. Las guerras modernas comprometen en efecto al mundo entero, por la interdependencia económica de todas las naciones, por una especie de internacionalización de todos los problemas que la actual civilización ha traído consigo. Este fenómeno de internaciona-

lidad y solidaridad universal, sobre todo en el terreno económico, por el que cada gran pueblo es a la vez cliente y proveedor de todos los demás, ha impedido que las actuales guerras se concentren en un estrecho límite geográfico y les ha dado proyecciones mundiales. La segunda característica es la de ser en extremo grado destructoras y homicidas; el ingenio humano ha buscado y encontrado los medios de muerte más precisos y violentos. No es el asalto de mil hombres contra mil, armados de lanzas y espadas, como en las guerras medioevales; son ejércitos de millones contra millones armados de fusiles ametralladoras, carros blindados, bombas mortíferas; es la guerra feroz y cruenta en la superficie de la tierra, en la superficie de los mares, en los aires y en el fondo del océano. Nos ha tocado ser lejanos espectadores, y quién sabe si más tarde también actores y víctimas de la más grande tragedia de pueblos y naciones, sin que podamos sospechar cuál será el término de tan grande hecatombe, ni cómo quedará el paisaje del mundo cuando haya pasado el ciclón...

La mano justiciera del Dios de las batallas, repitámoslo, pesa trágicamente sobre la tierra.

Un gran escritor francés del siglo pasado, José de Maistre, insiste en su libro titulado "Veladas de San Petersburgo", sobre lo **divino** de la guerra. En su séptima velada pone el autor en boca del senador ruso, uno de los interlocutores, el epíteto de divina aplicado a la guerra con una insistencia tenaz. "La guerra es divina, dice, por sus consecuencias de un orden sobrenatural, poco conocidas, pero no por eso menos incontestables... la guerra es divina por

la protección otorgada a los grandes capitanes... la guerra es divina en sus resultados que son absolutamente insospechables a las especulaciones de la razón humana..." Y así por el estilo sigue discurriendo el ilustre pensador. Copiemos íntegro el párrafo que más atañe a nuestro propósito y al leerlo pensemos en la situación actual: "De ese modo, dice, se cumple sin cesar, desde el más pequeño insecto hasta el hombre, la gran ley de la destrucción violenta de los seres vivientes. La tierra entera, empapada continuamente en sangre, no es más que una ara inmensa donde todo lo que vive debe ser inmolado sin fin, sin medida, sin descanso, hasta la consumación de las cosas, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte. Pero el anatema debe herir más directa y visiblemente al hombre; el ángel exterminador gira como el sol alrededor de este desgraciado globo y no deja respirar a una nación sino para herir a otras. Mas cuando los crímenes, y sobre todo los crímenes de cierto género, se han multiplicado, el ángel emprende su rápido vuelo. Semejante a una ardiente antorcha agitada vivamente, la inmensa velocidad de su movimiento le hace estar a la vez sobre todos los puntos de su terrible órbita y hiere a todos los pueblos de la tierra. Otras veces, como ministro de una justa venganza precisa e infalible, se ceba sobre ciertas naciones y las deja bañadas en sangre. No esperéis que ellas hagan ningún esfuerzo para escapar a su reprobación o para abreviarla. Se cree ver a estos grandes culpables iluminados por su conciencia, que piden el suplicio y lo aceptan para encontrar en él la expiación. Mientras a esas naciones les quede san-

gre vendrán a ofrecerla y bien pronto una escasa juventud contará esas guerras desoladoras producidas por los crímenes de sus padres" (1).

Para no escandalizarnos de estas terribles frases de José de Maistre, como se han escandalizado muchos otros, digamos con el P. Ives de la Briére, que la guerra es a la vez infernal y divina, satánica y providencial (2). Es infernal y diabólica, porque obra del demonio son las pasiones que se desbordan sin diques, los odios, los crímenes de la guerra; es divina y providencial, entre otras cosas, porque permitida por Dios, es un instrumento empleado por su Providencia amorosa para expiación de los crímenes sin cuento y para que los hombres que se habían olvidado de Dios vuelvan al Cielo su mirada...

San Agustín, Salviano, Orosio, que vieron derrumbarse el colosal imperio romano, nos dejaron sus impresiones por escrito. Todas ellas coinciden en ver un terrible castigo de la mano de Dios por los nefandos crímenes del imperio pagano y sensual. Hoy ha vuelto el mundo a sumergirse en un paganismo que muchos juzgan peor que el antiguo y que en todo caso tiene sobre el otro la gran responsabilidad de veinte siglos de cristianismo conculcados y despreciados.

Al considerar hoy los campos de Europa cal-

---

(1) **Las Veladas de San Petersburgo.** Madrid. Apostolado de Prensa, 1922, pp. 209 ss.

(2) Yves de la Briére, S. J. **Eglise et Paix.** París, 1931, p. 139.

cinados por las balas y las bombas, las ciudades derruídas, los puertos destrozados, las pilas de cadáveres en los campos de batalla, brota en todos los corazones cristianos el anhelo intenso de que tánta sangre derramada no sea inútil, de que sobre este mundo desgarrado y herido caiga por fin la mirada compasiva de Dios y de que venga ya la paz de todas las cosas y la tranquilidad del orden que tánto ansiaba San Agustín: "Pax omnium rerum, tranquillitas ordinis".

Una pregunta ha brotado de miles de labios con ansiedad torturante: qué será del mundo cuando se acabe la guerra? Seguiremos por estos mismos senderos trillados y fracasados del materialismo, del laicismo, de la desbordada y egoísta libertad sin Dios, sin deberes, sin moral? Pararemos en el absurdo y degradante totalitarismo?

Esperemos que la dura lección de este calvario universal haga reflexionar a los hombres y los conduzca de nuevo al camino del bien, de la justicia y de la moral cristiana.

Cuando las hordas bárbaras cayeron sobre el imperio romano en el siglo V y lo destruyeron y destrozaron, muchos cristianos débiles se escandalizaron creyendo que junto con el imperio sería destruída la Iglesia de Cristo para siempre. Sucedió todo lo contrario. La gran masa que se precipitaba tenía en sus entrañas un germen fecundo de vida, que volvería a alentar al mundo, al gran enfermo, según lo llamó San Agustín. Ese germen era la Iglesia de Cristo con sus siglos de martirio, con su moral pura, con su doctrina sobrehumana, con la firme cá-

tedra de Pedro en el centro mismo del imperio derrumbado.

Hoy día tendrá este mundo vacilante y agónico un germen capaz de resucitarlo? Sabemos que si hay alguno no ha de ser ni el fascismo, ni el nazismo, ni el comunismo, ni el protestantismo: sólo puede ser la verdadera Iglesia de Cristo. Concretemos pues la pregunta: ¿Tendrá la Iglesia del siglo veinte, vitalidad suficiente para levantar al mundo caído, como la tuvo en el siglo quinto?

Con sólo examinarla un poco reconoceremos en ella factores decisivos de resurrección y de vida para el mundo: Es la misma Iglesia que supo vencer con armas de paz y de amor al poderosísimo imperio de los césares, la que fue capaz de civilizar los salvajes pueblos bárbaros que descendieron sobre Europa, la que creó la maravillosa civilización de los siglos doce y trece, la que educó y civilizó al hemisferio descubierto por Colón. Para cada circunstancia difícil ha encontrado en su propio sér orgánico, tan rico y armónico, la adecuada solución. Muchos, desde hace veinte siglos, han profetizado su próxima muerte, y ella en cambio ha salido más vigorosa y pura de cada persecución. También hoy, para las difíciles circunstancias que atravesamos, la Iglesia presenta su programa de salvación y reconstrucción para el mundo, el único que merezca la atención de los pueblos y gobernantes.

No estaría hoy ardiendo Europa en llamas si tanto los jefes de las naciones como los patronos y obreros hubieran seguido las normas dadas por León XIII, Benedicto XV y Pío XI. El actual Sumo Pontífice ha presentado a las na-

ciones combatientes cinco puntos, llenos de sabiduría cristiana, como fundamento para una paz sólida y una reconstrucción durable del mundo.

Su voz ha sido ahogada por el fragor del combate. Tal vez cuando estén ya consumidas todas las fuerzas, agotadas todas las provisiones, todas las naciones luchadoras desangradas y cadavéricas, vuelvan entonces sus miradas tristes y suplicantes a la figura blanca y augusta del Pontífice del Vaticano, Vicario en la tierra del que es llamado Príncipe de la paz, Cristo Jesús.

SEGUNDA PARTE

La reconstrucción católica del mundo moderno

Hemos visto cómo se formó históricamente la unidad cristiana en la edad media, y cuáles fueron las causas de su rompimiento y sus funestos resultados, llegando a la conclusión de que nuestro mundo actual está sufriendo las consecuencias de aquella catástrofe.

Una rápida mirada sobre el estado actual de la sociedad humana y sobre los remedios que necesita será el objeto de las siguientes páginas, que llevan el título de "La reconstrucción católica del mundo moderno".

Pero asentemos antes como ciertas las siguientes afirmaciones:

1. Nos hallamos en presencia de una sociedad desquiciada.
2. Se impone una reconstrucción sólida y duradera de esta sociedad.
3. Existen los principios salvadores y los obreros de tan importante reconstrucción.

Para darnos cuenta más exacta de estas tres afirmaciones las estudiaremos sucesivamente en la vida del individuo, elemento primario y principal de la sociedad; en la familia, la primera y más natural sociedad humana, y en la vida social de los estados y naciones.

CAPITULO I V

La reconstrucción del individuo en el mundo moderno

Por Eliseo Salcedo C., S. J.

El dominio que el hombre ha logrado sobre la materia en el campo de las ciencias naturales tiene manifestaciones prodigiosas: son inmensos mundos siderales aprisionados por los modernos anteojos astronómicos, miles de ondas lanzadas y captadas sin cesar de un extremo al otro del mundo, el vértigo de los motores que simplifica las distancias, multitud de máquinas que con arte ingenioso, escriben, tejen, calculan... centenares de aplicaciones valiosas de la electricidad y del calor, de la química y de la mecánica.

Sin embargo, el esfuerzo gigantesco de la mente humana que ha logrado este dominio sobre la materia no fue dirigido por una ciencia comprensiva de todo el hombre y por eso ha construído una sociedad que de acuerdo con una concepción filosófica errónea, ha dado una

supremacía indebida a la materia. La facilidad de la experimentación y la exactitud con que redujo todas las leyes de la materia a la sencillez del lenguaje matemático, impulsaron al hombre a un progreso desmedido en estas ciencias y a querer aplicar sus principios a todos los demás conocimientos humanos.

De ahí la resonancia en el campo filosófico de los conceptos de la materia eterna, del mecanismo psicológico, del evolucionismo, del panteísmo absoluto.

En política y sociología, las doctrinas naturalistas y socialistas en sus diversas manifestaciones construyeron los estados modernos...

La razón humana dejada a sus propias fuerzas con la negación absoluta de todo lo que ella no pueda descubrir o comprender, el indiferentismo religioso, el modernismo que ha hecho de los dogmas revelados inventos de una sociedad puramente humana son otros tantos dogmas de la ciencia moderna.

Ciencia que sólo da crédito a las realidades mensurables, despreciando o negando su valor a todas aquellas que no pueden caer bajo su experimentación y sus aparatos de cálculo.

"Ante las victorias intelectuales que nos han traído el bienestar y el confort, dice Alexis Carrel, los valores morales han perdido naturalmente terreno. La razón ha barrido las creencias religiosas. Sólo tiene importancia el conocimiento de las leyes naturales y el poder que nos ha dado este conocimiento sobre el mundo material y sobre los seres humanos" (1).

---

(1) Alexis Carrel. **La Incógnita del hombre**, C. I., parágrafo 3, pág. 26.

Así, los conceptos de conciencia, de obligación y de derecho, de virtud y de mérito, se convirtieron en quimeras de un mundo sin consistencia y sin valor.

Sólo queda una ley: seguir con docilidad la dirección de las tendencias materiales cuyo impulso llegó a un término desconcertante. Las energías y las grandezas de la vida humana se encuentran bloqueadas por la materia.

Y esa ley se cumple. La vida se ha hecho fácil y cómoda, el placer de los sentidos necesario, el esfuerzo se considera nocivo y contrario a la naturaleza.

Hay un exceso de lujo en la habitación moderna, en el vestido, en la alimentación; el salón de baile, el café, el teatro, el club campestre, señalan el horario de la elegancia; el uso desmedido del automóvil ha suprimido el esfuerzo de andar. El deporte mismo ha perdido su belleza y vigor naturales, pues como dice Carrel:

"Los ejercicios corporales naturales, tales como andar y correr sobre terreno accidentado, el alpinismo, la labranza manual de la tierra, el derribo de árboles con hacha, el trabajar expuestos a la lluvia, al sol, al viento, al frío y al calor, han cedido su lugar a los deportes metódicos que apenas implican riesgo y a las máquinas que suprimen el esfuerzo muscular" (1).

Pero no sólo se ha suprimido el esfuerzo muscular. El tipo común del hombre moderno es también incapaz de un esfuerzo voluntario continuado, de una profunda reconcentración y del

(1) Alexis Carrel, op. cit., C. I., parágrafo 3, pág. 24.

silencio interior necesario a la elaboración del pensamiento. Se ha desbordado al exterior y su atmósfera es de ruido, de continuo vaivén, de placer desmedido, de sensación. Y "cuando solamente el amor del placer es el que pone en conmoción las energías humanas, éstas se escapan por ahí, como la savia por la herida del árbol. No se remontan hacia las cumbres del espíritu para enriquecer y fortificar la razón y la libertad".

Por el contrario en la escuela del placer de los sentidos, la razón se debilita, se entorpece y se degenera, o se exalta en una actividad febril hasta la locura y la enajenación mental. Y la energía voluntaria se anula cada vez más, acercándose al instinto animal. Todo el hombre se destroza y aniquila al poner como ley de su vida el placer desordenado. Esta es la ley que ha seguido el individuo de nuestra sociedad materializada, en sus relaciones personales.

Véamoslo ahora en sus relaciones sociales. La primera y más natural sociedad del hombre es la familia; sin embargo, dejando este punto para más adelante, ahora tan sólo indicaremos otras consecuencias del principio materialista que afectan al individuo en sus relaciones sociales.

•

La dignidad humana no tiene su medida en la existencia de una alma racional y libre igual para todos los hombres, orientada hacia un fin común que la eleva y transforma, ni en el sometimiento a una ley moral suprema que obliga a todos por igual. La dignidad del hombre se mide hoy con el dinamómetro que registra la

fuerza, por la capacidad productiva, por la utilidad y placer que proporciona, o por la habilidad y la riqueza necesarias para lograr la máxima producción, la máxima utilidad de los demás.

Qué vale entonces el derecho a la vida, con el necesario sustento, con el salario correspondiente al trabajo, dentro de unas condiciones normales de higiene, de alimentación, de relativo bienestar; el derecho a la cultura intelectual y moral, el derecho a la vida de ciudadano, con las garantías necesarias de sufragio, con las cargas equitativas de impuesto, con la repartición de los empleos públicos según el mérito personal?

A todo derecho corresponde una obligación de justicia; negado aquél desaparece ésta. Asistimos a una sociedad construída por el materialismo y socialismo donde esos derechos y esas obligaciones no se cumplen.

"Por una parte, la omnipotencia en la opulencia, unos pocos que dueños de la industria y el comercio, cambian el curso de la riqueza y hacen con esto afluir hacia sí todas las fuentes y además tienen en su mano los resortes de la administración pública. Por otra parte, la debilidad en la inteligencia, la muchedumbre con el alma llagada siempre dispuesta para los desórdenes" (1). Estas palabras de León XIII, describen denes". Estas palabras de León XIII, describen con viveza el gran mal de nuestra sociedad: el egoísmo. Egoísmo amante desenfrenado del lucro, del honor, del placer, que precipita al hom-

(1) León XIII. **Carta Encíclica Rerum Novarum,** número 26.

bre en los abismos de la injusticia, de la calumnia o de la guerra.

Como en cisterna rota y desecada, los puros manantiales de amor, de amistad, de patriotismo, se filtran a través de las profundas grietas del egoísmo.

Esta es la suprema ley del hombre en sus relaciones con los demás.

Demos un paso más, y estudiemos al hombre moderno en sus relaciones religiosas.

*

El ambiente de audacia que ha creado el dominio de la ciencia, ha hecho que el alma moderna quiera aplicar métodos de crítica, de cálculo, de precisión, a verdades de un orden superior y diverso, y al querer penetrar en estas verdades divinas por caminos distintos de los señalados por la ciencia verdadera, termina por negar la realidad de esas verdades antes que rechazar sus propios métodos. Mas aún la fe requiere disposiciones de alma incompatibles con el egoísmo y el placer ilegítimos. Requiere humildad, sacrificio, esfuerzo y ante tales exigencias es más fácil, es más cómodo negar y aferrarse a sus propias fantasías.

A veces no se llega a una actitud tan precisa, sino que se prefiere otra menos comprometedora, la de los que no dan importancia a esas cuestiones. Según ellos no pernetecen al campo de la ciencia. Quizás sean verdad, pero no interesan. Es también una respuesta de conveniencia, de placer.

Indiferentismo, incredulidad, he ahí el ambiente religioso de la sociedad humana actual.

*

Sin embargo, esta misma sociedad ha dejado oír un profundo gemido de desencanto, de hastío de sí misma, y comienza a levantar una aspiración de renascencia espiritual que la regenere.

Y esta reconstrucción se impone y es posible. Es Carrel quien afirma: "La atención de la humanidad debe volverse de las máquinas y la materia inanimada al cuerpo y al alma del hombre, a los procesos fisiológicos y espirituales". "Tenemos a nuestra disposición todo el poder de la ciencia. La sociedad moderna no ha ahogado todos los focos de cultura intelectual, del valor moral de la virtud. Aún arde la llama. El daño no es todavía irreparable. Pero la reconstrucción del individuo exige la transformación de la vida moderna. El derrumbamiento espontáneo de la civilización tecnológica puede producir el impulso necesario para la destrucción de nuestras costumbres actuales y para la creación de nuevos gérmenes de vida" (1).

Y ante todo es necesario el sufrimiento como base de la propia grandeza. "Para progresar de nuevo el hombre tiene que reconstruírse y no puede hacerlo sin sufrir, porque es a la vez el mármol y el escultor. Para modelar su propio rostro tiene que destrozar su propia sustancia" (2).

Sufrimiento del esfuerzo y abnegación ne-

---

(1) Alexis Carrel, **op. cit.**, C. VIII, parágrafo 1, p. 287.

(2) Alexis Carrel, **op. cit.**, C. VIII, parágrafo 1, p. 285.

cesarios para averiguar las causas de nuestra catástrofe y poner los remedios. Esfuerzo gigantesco, pues se trata de hacer resurgir la potencialidad, la energía de la multitud, que sólo vive para el dinero, para el placer, apática ante todo valor moral e intelectual.

Se trata de moldear las jóvenes generaciones en un ideal distinto, y según el autor citado "en lugar de entrenar atletas tenemos que construir hombres completos, y los hombres completos necesitan más resistencia nerviosa, más energía moral que vigor muscular. La adquisición de estas cualidades reclama esfuerzo, lucha, disciplina" (1).

El dominio de los propios apetitos, de las pasiones, es esfuerzo que regenera; la práctica de la ley moral no se realiza sino a costa de propios renunciamientos, pero "los pueblos pueden contar con el éxito de su progreso aun después de un largo período de envilecimiento si recobran la práctica de las leyes morales" (2). Hace falta también un gran espíritu de colaboración, de bien público, de amor a la humanidad, que destruya los cimientos del moderno egoísmo. "El porvenir no es de los que gozan sino de aquellos que saben sufrir y entregarse", ha dicho un estadista japonés (3).

La vida es una potencia esencialmente unificadora, organizadora de todas las energías del ser; pero es la energía diferencial, específica, la

---

(1) Alexis Carrel, **op. cit.**, C. VI, parágrafo 13, p. 240.

(2) Apud A. Eymieu, **La ley de la vida**, Lib. II, cap. I, p. 104.

(3) Le Play. Apud Eymieu, **op. cit.**, p. 93.

que subordinando así las energías inferiores construye la unidad y marca el grado de la vida. Y en el hombre es su razón, su libertad, su espíritu, la energía específica a la cual se deben subordinar las energías sensitivas y vegetativas, la que debe marcar el grado de la vida. El restablecimiento de esa vida constituye la reconstrucción de nuestra individualidad.

*

Pero quién habrá de realizar este plan gigantesco? "La tarea es extraordinariamente difícil, pero pueden descubrirse espíritus capaces de emprenderla. Los hombres crecen cuando les inspira un propósito elevado. El propio sacrificio no es muy difícil para quien se abrasa en la pasión de la gran aventura. Y no existe aventura más bella y más peligrosa que la renovación del hombre moderno".
ción del hombre moderno" (4).

Espíritus capaces de someterse a una disciplina estricta, ascética, fisiológica y mental, y que siendo minoría como lo fueron los monjes ante el mundo bárbaro se impongan con poder irresistible sobre la mayoría irreflexiva y degradada.

Pues bien, existe una sociedad que posee no sólo los principios filosóficos y científicos para esta nueva reconstrucción, sino que también tiene a su disposición esa minoría selecta de hombres capaces de someterse a una estricta disciplina mental y al aislamiento necesario,

---

(4) Alexis Carrel, **op. cit.**, C. VIII, parágrafo 3, p. 296.

donde con la reflexión y el estudio conozcan las enfermedades de la sociedad moderna y sepan darle los remedios convenientes. Mas aún posee la ciencia de la revelación que con luz nueva ilumina plenamente la ciencia del hombre y da su verdadero valor a la vida, al sacrificio, al renunciamiento personal, a la virtud y aun a la misma muerte. Posee una vida sobrenatural que injertada en la vida natural del hombre utiliza sus energías y las desarrolla, las respeta y al mismo tiempo las sobrenaturaliza haciendo del hombre un nuevo ser, hijo de Dios por la participación de la naturaleza divina.

Esa sociedad es la Iglesia Católica que a pesar de su vida secular está hoy más joven y lozana que nunca y es capaz de injertar nueva vida en el tronco ya milenario y cansado de la humanidad.

Ella que para no recordar tiempos pasados ha sido regida por hombres como León XIII, Pío XI, Pío XII, quienes se han adelantado a los filósofos y científicos a procurar los verdaderos remedios de la humanidad enferma.

Ella que predica y practica el perfecto renunciamiento de sí misma hasta el heroísmo de dar la vida por el último y más desgraciado de los hombres. Ella que ha desplegado toda su energía vital en multitud de obras gigantescas para provecho del género humano.

Ella que tiene la luz del Espíritu Santo y es dirigida por el Hijo de Dios hecho hombre que nos enseñó el camino de la eterna renascencia por medio de la humillación y el sacrificio.

CAPITULO V

La reconstrucción de la familia en el mundo moderno

Por Jaime Martínez, S. J.

Si observamos las estadísticas de natalidad y mortalidad de los grandes países de nuestra civilización occidental, en su representación gráfica, ellas se sintetizan, durante este siglo, en dos líneas curvas: la superior que representa la natalidad es descendente, baja al principio con lentitud, y va cada momento con mayor inclinación acercándose a la vertical, como una corriente de agua a la que faltándole de repente el cauce, conserva algo de su impulso inicial, pero luégo pierde su fuerza y cae. La inferior —mortalidad— es ascendente y su curva, después de una corta disminución, va aumentando su subida en forma continua y sostenida. Su entrecruce dadas sus direcciones es inevitable, y

en algunas partes, como en Francia, se ha realizado.

Estas dos líneas negras encierran en su esquemática simplicidad, la pavorosa tragedia de las familias y consiguientemente de los pueblos europeos. Desde fines del siglo pasado el número de nacimientos por habitantes disminuye y esa disminución aumenta en los últimos decenios rápidamente.

Es cierto que la disminución de habitantes se logra evitar momentáneamente, como lo muestra la curva de mortalidad, gracias a que los cuidados higiénicos y los progresos médicos alargan el promedio de la vida humana. Pero como la ancianidad tiene sus límites, estos pueblos que envejecen caminan a la muerte por la descomposición de sus familias.

Veamos algunos datos numéricos: El acrecentamiento natural, exceso de nacimientos sobre defunciones, por cada 1.000 habitantes, disminuye de 1900 a 1930 en la forma siguiente:

Francia, de 2,7 a (—0,3), es decir, son más numerosas las muertes.

Suecia, de 12 a 3.

Bélgica, de 10 a 3,5.

Inglaterra, de 14 a 3.

Alemania, de 13 a 5.

En otras palabras, que la natalidad en esos 30 años ha disminuído en la mitad o en las tres cuartas partes en los diversos países, según la descomposición de sus familias.

En Estados Unidos la población de 1920 a 1939 aumentó de 105 a 130 millones; desgraciadamente tal aumento sólo se debe a la inmigración, ya que la disminución de los niños es aterradora, así del año 30 al 39 disminuyen los me-

nores de 20 años de 48 a 45 millones. Qué camino tan catastrófico siga la raza norteamericana lo indica el que la disminución de natalidad que Francia necesitó 71 años para recorrer (1854 - 1925), lo han recorrido los Estados Unidos en 15 años de 1915 a 1930; solamente así se explica el dato anterior, que en 9 años disminuyeran los niños 3 millones.

¿Cuál es la causa profunda de esta hecatombe de inocentes, seres infelices que hallaron su asesino antes que su misma vida y que disminuye los habitantes de las grandes potencias como la misma guerra?

Todos los pensadores de las más diversas tendencias están acordes al señalar la misma causa: la ruina moral de la familia.

Oigamos a uno, Noelle Roger: "Desde hace medio siglo las mujeres de la burguesía han considerado cada día menos su oficio de madres como su oficio esencial. Un gran número rechaza aceptarlo. Además, las circunstancias económicas, sin cesar agravadas, les imponen el trabajo. Desde que han reivindicado el derecho a la existencia individual se apartan de su deber eterno y se hacen incapaces de cumplirlo. Las obreras, las campesinas atraídas por la ciudad, los pequeños propietarios aterrados de dividir su propiedad, todos igualmente tiemblan ante una descendencia numerosa. El ansia de bienestar, la busca de placeres, la necesidad de distraerse, ¿qué más se necesita para que las mujeres renuncien a su oficio de madres; y burgueses y obreros rechacen sacrificios a su parecer sin sentido?

"Un niño? respondía una mujer joven, ¿un niño? ¡juguete viejo! no piense en ello, costaría

tanto como un automóvil". Y Roger, a quien acabo de citar, no es un moralista, ni siquiera un católico.

Resumiendo en una palabra: la ley del deber se ha cambiado en la familia por la ley del placer.

Las consecuencias para el individuo y para la sociedad de la ruptura de la tradición familiar, no es necesario detenerse a exponerlas; recordemos —puesto que nos ha tocado presenciarlo— el monstruoso y terrorífico cumplimiento de la afirmación de Clemenceau: "Si Francia no tiene familias numerosas, ya podéis escribir en los tratados las cláusulas más favorables, ya podéis apoderaros de todos los cañones de Alemania, podéis hacer cuanto os plazca: Francia estará perdida porque no habrá franceses". Tenía razón; Francia ha marchado a la cabeza de la desnatalización... y de la más vergonzosa derrota.

La descomposición de la familia que nuestro siglo contempla, se debe a sucesivas ideologías que han deshecho los fundamentos de la familia. Podemos reducirlas a tres grandes corrientes aun cuando en la realidad se mezclan y confunden.

El protestantismo rompe la marcha y tiene al mismo tiempo el triste papel de padre y precursor de las corrientes posteriores.

Lutero que hasta 1519 conserva la doctrina tradicional católica, enseña ya en 1520 en su obra "De Captivitate" que el matrimonio es "un negocio civil"; y que las Escrituras en ninguna parte enseñan el que dé la gracia. El matrimonio no es, pues, a su juicio, un Sacramento. Ha roto el dique, las pasiones entran en juego y es

imposible detenerse: quiere tranquilizar su conciencia por la traición a los más grandes compromisos y entonces observa que el matrimonio es una necesidad natural, una exigencia física y que por lo tanto el celibato es contrario a la naturaleza. Arrebata al mismo tiempo a la unión cristiana toda su belleza, pues afirma que tanto en el matrimonio como fuera de él, el amor humano no es más que la obra de la concupiscencia, cuya maldad solamente se oculta a los ojos divinos por la fe en Cristo. Lutero va miserablemente arrastrado por la corriente, falta la última caída y las necesidades políticas lo obligan cuando llega por último hasta el extremo de declarar lícita la poligamia, como en el caso del Landgrave de Hesse y algunos otros. Pero ha ido demasiado lejos y aún sus inmediatos sucesores se ven precisados a repudiar tan escandalosos extremos y tan vergonzosas concesiones.

Durante el siglo XVII la tendencia regalista va a continuar esta obra nefasta de la seudoreforma, en su afán de sujetar el matrimonio al Estado y de arrebatarlo a la jurisdicción de la Iglesia. En el siglo siguiente se les unen los filósofos de la Enciclopedia, para continuar su tarea, aun cuando con fines y por motivos totalmente diversos.

Voltaire nos habla de "la ley bárbara y cruel de la indisolubilidad". Y en la Enciclopedia después de afirmar que el matrimonio es un "simple contrato" —tesis de la escuela filosófica liberal— se sostiene que no hay razón alguna para que el marido y la esposa permanezcan unidos después de los años de educación de los hijos.

Logra entonces la idea del matrimonio como simple contrato abrirse paso y la familia recibe un golpe mortal. Estas ideas que llevan a una falsa y nociva libertad, alcanzan fuerza de ley durante la revolución francesa, al instituir por la Ley del 20 de septiembre de 1792 "la libertad de divorcio que resulta de la libertad individual". Principio nefasto que transplantado a otras legislaciones seguirá su obra de disgregación de la familia. El matrimonio pierde su carácter de unión religiosa; es un contrato, que va a ser realizado con la misma mentalidad con que se alquila una casa: en adelante las ventajas materiales dirán la última palabra. Mas la familia fundada por Dios con el fin trascendente de crear y desarrollar al hombre tendrá mucha menor resistencia y duración que las paredes de la mansión que durante algún tiempo la alojaron.

Perdido el sentido de la tradición, debe todavía soportar la familia, desde mediados del siglo pasado, un tercer enemigo que amplifica la obra del protestantismo y de sus sucesores los filósofos liberales, es el naturalismo, que se presentó además como la última palabra de la ciencia.

La moral nueva, como también se ha llamado, quiere fundamentarse ya en una concepción sociológica según la cual el hombre evoluciona del falso campo de la coacción hacia el terreno, donde mediante un desarrollo más amplio de la personalidad, sea libre para señalarse sus relaciones conyugales, guiado por un noble principio altruista. Programa que bajo tan sonoras palabras, encubre vergonzosas realida-

des. En el terreno económico busca su apoyo en los principios maltusianos; y en el fisiológico en la moderna eugenesia, que si inicialmente niega —como dice F. Galter, su fundador— el derecho a perpetuar el sufrimiento y pone como meta el mejoramiento de la raza; en la práctica ese mejoramiento no es un desarrollo del hombre integral, sino la forma realista que permite la mayor cantidad de placer y bienestar al individuo, cualesquiera que hayan de ser las fronteras que se tengan que traspasar.

En este sentido los defensores de la nueva moral han declarado sin ambajes el camino que se desea recorrer. Por ejemplo, la doctora Adams Lehmann decía en el tercer Congreso de la Sociedad para la lucha contra las enfermedades venéreas tenido en Leipzig: "Sin vida sexual una persona está incompleta o atrofiada. Y esto por fortuna lo saben finalmente aún las mujeres. Va aumentando cada vez más el número de las mujeres cultas, honradas, activas, que no son casadas y sin embargo tienen relaciones". Y después de solicitar para ellas un entusiasta apoyo, continúa: "ellas trabajan por el advenimiento de una nueva edad" (1). A la verdad, esa nueva edad será aquella en que se haya destruído la familia, célula esencial de la humanidad.

Si contemplamos ahora el camino recorrido, vemos sintéticamente la ruina de la familia así: el protestantismo rompe la tradición negando a la familia su fundamento religioso en el Sacramento. Queda entonces la unión familiar reducida a un simple contrato que los enciclope-

---

(1) F. W. Foerster, **Sexualethik und sexualpaedagogik**, p. II, C. II.

distas y la escuela filosófica liberal equiparan a la compraventa, con todas sus características de lo pasajero y mudable, sin decisivas consecuencias. Por último el naturalismo lucha por romper los últimos diques para proclamar la absoluta libertad de unión.

*

Frente a esta catástrofe, que destruyendo la familia, elimina a los hijos en el hogar y llega en su desarrollo a las colosales proporciones que nos muestra, por ejemplo, Francia; se yergue como única solución la familia cristiana. Parece una gran pirámide, que basada en la triple característica: **unidad, indisolubilidad, fidelidad** —triángulo fundamental que la misma razón enseña— se levanta en su existencia, dos veces milenaria, por la virtud del Sacramento hasta penetrar en los cielos.

Pero esas tres cualidades fundamentales del matrimonio y por consiguiente de la familia tienen una tan íntima y estrecha vinculación que la ruptura de cualquiera de ellas quiebra su armonía y deshace su combinada resistencia.

Suprimir la unidad y la indisolubilidad—"cristalización de pedagogía concentrada", según un célebre autor—como lo han hecho algunas naciones al permitir el divorcio, es suprimir lo más noble de la unión humana y borrarle su carácter trascendental, porque la indisolubilidad da a la familia sus características y a nuestra civilización su consistencia.

Por esta ley la unión de los esposos, no es el capricho pasajero que determinan momentáneos atractivos físicos; se pone, por el contrario, en juego toda la persona y se sabe que se da toda

la persona. El amor alcanza así su total extensión y profundidad porque los cálculos mezquinos no pueden dar la norma para una actuación que sólo se terminará con la muerte. Al mismo tiempo los hijos hallan el seguro apoyo de su existencia porque los padres que se han entregado totalmente sienten que la norma de la indisolubilidad se ha impuesto para el servicio de la especie, y que esa ley superior que los trasciende y los supera, los ha englobado en su obra perenne de la que son ellos los actuales colaboradores; y ciertos el uno del otro cuentan con el mutuo apoyo que hará suaves y llevaderas las dificultades del mañana.

La indisolubilidad forma además decisivamente el carácter, porque no permitiendo que el hombre gire al arbitrio de sus caprichos, le señala una línea determinada, en la pasión que más profundamente lo estremece y ese continuo vencimiento de lo más voluble de su naturaleza le dará una energía insospechada para superar cualquier clase de dificultades que la vida le presente.

Un profundo observador, E. Mersch, dice a este respecto: "El peor castigo de los pueblos que pervierten el amor —después de los castigos eternos— no es ni la escasez de nacimientos ni la quiebra de la salud. Está en el envilecimiento de los caracteres. Las almas no tienen ya el valor de vivir y la voluntad misma queda enferma, corrompida por una llaga más repulsiva que todas las purulencias físicas" (1).

---

(1) Biot. L. Goedseels. E. Mersch, **Intelligence et conduite de l'amour**, Paris, 1536, p. 104.

Para la civilización, la familia indisoluble forma la cadena en que de padres a hijos se van recibiendo en escalonada sucesión, los tesoros de ciencia, arte y progreso que cada generación va acrecentando en el patrimonio común; de lo contrario sería un continuo empezar que retrasaría ineludiblemente el desarrollo material y espiritual.

Es también la unidad inquebrantable de la familia la actual consistencia de nuestra civilización, porque englobando a la madre y al hijo en la unidad familiar, estos elementos más débiles socialmente adquieren la fortaleza del conjunto, lo que ha permitido a nuestra civilización cristiana sortear los rudos y formidables embates de los siglos.

Ni basta esto, el matrimonio cristiano, símbolo de la unión de Cristo con la Iglesia, resulta una satánica burla si no cumple la fidelidad, entendida en su más completa plenitud, fidelidad que abrace gozosa todas las consecuencias de su íntima unión.

Sobre la fidelidad florece la familia cristiana, como la savia oculta lleva en su camino silencioso bajo la corteza, hasta los últimos extremos, las más frescas frondas y los más dulces frutos. Porque la fidelidad que se entrega sin medidas ni distinciones, funde como los cuerpos los corazones y entonces la llama del común amor forma la fuente de energías para aceptar valerosa y gustosamente todos los deberes, para enseñar el sentido magnífico del sacrificio en la vida humana, para preparar una cuna caliente y un hogar amante donde el nuevo hombre encuentre el clima propicio sin el

cual o no podría nacer o perecería muy pronto sin el apoyo que su desvalidez requiere.

El Catolicismo no solamente impone a la familia las condiciones necesarias para su desarrollo. El Catolicismo, obra divino-humana, toma lo que la naturaleza le ofrece, lo estabiliza y fortifica y luégo con un soplo divino lo levanta al terreno sobrenatural, donde se le abren nuevas perspectivas.

La familia tiene a su cargo el realizar la obra de la vida. Es el elemento providencial que directamente concurre en la obra creadora de Dios. De aquí su grandeza y su dignidad. Mas Dios no se contenta con hacerla el instrumento material en su obra suprema de Creador. Elevada por el Sacramento al terreno sobrenatural deberá colaborar también en el destino eterno de las almas. La cruz, centro de gravitación de la humanidad, la santifica al servicio de la fecundidad espiritual pero le impone también sus exigencias.

Solamente desde este punto de vista la fecundidad, fin y gloria de la familia, adquiere su luz de eternidad que la santifica y pone sobre ella el sello de la divinidad. Destruírla será destruír la obra de Dios.

Porque el cometido de la familia: criar y edumar a los hombres, queda totalmente englobado en el plan sobrenatural: cada hijo que forma en las filas de la humanidad, será el fruto magnífico en que se muestra la obra humana y la obra divina, repitiendo el prodigio creador; pero en el mismo momento ese hijo que tiene un alma inmortal tiene también un destino inmortal: ese pequeño sér aún inconsciente, gravita bajo la atracción de la cruz, emblema erigido

en el medio de los siglos, que con sus brazos abiertos convoca a las naciones y a los individuos.

La familia que ha tenido el primer cometido de traer al niño a la vida; como unión que no es solamente humana, sino que tiene además el sello de lo divino por el Sacramento, debe realizar una labor más larga y más difícil: hacer de su hijo el heredero del reino de los cielos.

Labor difícil pero para la que cuenta con la gracia del Sacramento, que irá dando como fuente abundante a través de todas las circunstancias de la vida las gracias necesarias; labor también la más sublime, pues como los esposos con cada uno de los hijos, secundan la obra creadora de Dios, al educarlos en el Catolicismo realizan la obra redentora de Dios.

En la obra creadora, un acto de la voluntad divina formó todas las maravillas del universo; un momento profundo de amor forma al nuevo hijo en el hogar.

Para la obra redentora fueron precisas desde las humillaciones del pesebre hasta las torturas de la cruz. Los padres, nuevos redentores, tienen que recorrer también su camino de dolor para llegar a los resplandores de la resu rrección. Pero si su obra requiere todo el esfuerzo de una vida, sus efectos tienen toda la plenitud de una eternidad; y la familia cristiana, consagración del amor humano, marchará a la sombra de la cruz a la conquista de la eternidad: eternidad terrena por la sucesión de las generaciones, eternidad celeste por el éxito de su misión espiritual.

CAPITULO V I

La reconstrucción social del mundo moderno

Por Jorge Ortiz, S. J.

La verdad de una necesidad que se impone ha forzado a los hombres de las más opuestas mentalidades a ponerse de acuerdo en un punto de importancia social incalculable.

Las naciones que van a la guerra arrastradas por una aspiración pagana o estimuladas por el resorte, ya enmohecido, de un individualismo egoísta, como las que hacen de espectadoras en un ambiente de aparente paz, pero revueltas en su interior por el desequilibrio social, con una armonía paradójica se unen por sobre el estruendo de los cañones, a través de las distancias y de las diversas constituciones sociales para pedir el **nuevo orden** de cosas.

Todos los hombres, por el hecho de formar parte de la sociedad, tenemos la obligación y la responsabilidad ante Dios, ante nuestra con-

ciencia y ante las generaciones por venir, de no asistir inertes e irresponsables a esa transformación, sino que debemos meditar con serenidad sobre lo que debe ser el nuevo orden, hasta llegar a una convicción e influír en la reconstrucción social; puesto que a toda transformación social ha precedido y precederá una revolución ideológica.

Y lo admirable es que la armonía se impone no sólo alrededor de la idea demasiado abstracta de un nuevo orden, sino alrededor de dos pilastras del nuevo edificio social: la justicia y la colaboración social.

*

Expliquemos. La mala distribución de las riquezas, consecuencia de la ley de libre competencia: tabú del individualismo económico, llevó a Estados Unidos a que el 90 por 100 de su capital colectivo perteneciera al 13 por 100 de su población, y el 10 por 100 al 87 por 100 restante, compuesto por las clases obrera y media. Es decir, como si los 90 centavos de un dollar se repartieran entre 13 personas y los otros 10 centavos entre las 87 personas restantes de cada 100 habitantes (1). Guardadas las proporciones, estos números son índice de la distribución de las riquezas en el mundo. Del inmenso capital colectivo mundial corresponde un 80 por 100 al 10 por 100 de la población y un 20 por 100 al resto de los hombres. Tomemos un ejemplo: en 1937 había en el mundo, exceptuando a Rusia,

(1) Informe de Mr. James David, ministro del trabajo del Gabinete Hoover.

13.775 millones de Dolls. de oro monetario (2), al repartir ese oro entre los hombres habría que formar dos grupos: uno de 176.480.000 personas y otro de 1.578.320.000. Al primer grupo corresponderían 11.020 millones de Dolls., al segundo sólo 2.755 millones de Dolls., esto es: a cada persona del grupo capitalista: 62,45 Dlls. y a cada persona del grupo víctima: 1,74 Dolls.; y esto con un cálculo lleno de optimismo! Pues bien: esa inmensa riqueza ha sido producida en colaboración forzada por el capital y la alta dirección técnica de una parte y por los empleados bajos y los asalariados de otra: para el primer grupo han quedado todas las ganancias, para el segundo ninguna ganancia: sólo se les ha dado lo indispensable para que subsistan, sin decencia, sin ahorro y sin progreso!

Todavía hay en los grandes países capitalistas y entre nuestras exóticas burguesías quienes no quieren ver en esto ni una injusticia, ni un desequilibrio económico; pero la gran multitud clama contra ese crimen y exige un reajuste en la distribución de las riquezas. A la cabeza de esa multitud, León XIII, hace 50 años dijo: "Poco a poco los obreros se han hallado entregados solos e indefensos a la inhumanidad de sus amos y a la desenfrenada codicia de sus competidores:... unos cuantos hombres opulentos y riquísimos han puesto sobre la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere poco del de los esclavos" (3).

La monstruosidad social tendrá su fin. El

(2) Anuario General de Estadística. Colombia. 1937, pág. 610.

(3) Enc. Rerum Novarum.

reajuste vendrá: no sabemos cómo, pero vendrá. La voluntad universal lo desea. Pío XI hace diez años lo pidió con estas palabras: "Dése, pues, a cada cual, la parte de los bienes que le corresponde, y hágase que la distribución de los bienes creados vuelva a conformarse con las normas del bién o de la justicia social; porque cualquier persona sensata ve cuán grave daño trae consigo la actual distribución de bienes por el enorme contraste entre unos pocos riquísimos y los innumerables pobres..." (4).

La justicia social se impone, pues; los viejos y los nuevos partidos políticos, los viejos y los nuevos sistemas de gobierno con cobarde timidez o con valerosa verdad o con insolente exageración la proclaman en sus programas. Luego la justicia social es pilastra de concordia para el nuevo orden.

*

Otra pilastra es la colaboración. La sociedad está fatigada de la lucha. El hombre contra el hombre del individualismo agonizante, quiere ser sustituído por el hombre con el hombre. Es una consecuencia natural del deseo de justicia. La lucha ha producido la injusticia: en la unión se conseguirá la restauración. La difusión del sindicato, de la cooperativa, etc., son pruebas del deseo latente de unión que hay en todos. Es el resultado de una tendencia natural antes artificialmente cohibida. El trabajador solo no puede nada: el trabajador unido es un poder. "Perfecta curación no se obtendrá, nos dice Pío

(4) Enc. Quadragesimo anno.

XI, sino cuando, quitada de en medio esa lucha, se formen miembros del cuerpo social, bien organizados; es decir, órdenes y profesiones en que se unan los hombres" (5).

Los consejos de arbitraje de los Estados Unidos; la legislación sobre el contrato colectivo de trabajo de Francia y otras naciones, el corporativismo estatal de Alemania y de Italia, el corporativismo asociacionista, que podemos llamar cristiano, de Portugal, y aun nuestras leyes que protejen y fomentan las asociaciones y cooperativas y la abundante literatura corporativa, son prueba clara del deseo universal de colaboración: como pilastra también del nuevo orden.

*

Si se tiene en cuenta esto, es apenas lógico que los sociólogos y los estadistas hayan vuelto los ojos hacia la organización corporativa. El **corporativismo** es la antítesis de la lucha despiadada de la libre competencia.

"El corporativismo, dice Louis Baudin, catedrático de las doctrinas económicas en la Sorbona, trata de asegurar la colaboración entre patronos y obreros...; remplaza por una división vertical la división horizontal de las clases, generadora de revolución. El dogma de la lucha de clases hizo ya demasiado daño, favoreció la eclosión de todas las simientes de odio y ha concluído por enfrentar unos contra otros a hombres que habrían debido unirse y trabajar de común acuerdo con el desarrollo material, intelectual y moral de la nación. Estába-

(5) Enc. Quadragessimo anno.

mos ahogándonos y el corporativismo es una tabla de salvación" (6).

No será, pues, aventurado decir que el mundo poco a poco se va orientando hacia la organización corporativa. Esta es hermanable con cualquier forma de gobierno, siempre que se funde en la verdad de que el progreso verdadero nace de la unión y de la concordia.

Hablamos, claro está, de un corporativismo adaptado al mundo moderno, y no pretendemos dar de él una explicación completa, ni mucho menos, pues es materia amplísima. Hablamos de él porque se nos impone en la materia que tratamos y nos referimos a un corporativismo que si bien ha de tener el espíritu que alentó el glorioso de la edad media, se ha de revestir, sin embargo, de formas nuevas. La sustancia del corporativismo está en que el hombre no trabaja sólo en competencia con los demás, sino asociado: todos los de una profesión forman un gremio: ese gremio, en armonía con los demás gremios, establece las condiciones del trabajo y de la producción, los límites de las utilidades y de la competencia. "El blanco del capitalismo, dice Gutiérrez O'Neill, fue y es la producción ante todo y por encima de todo; la mente del corporativismo cristiano es, pasando por la mayor producción, el orden y la jerarquía en la distribución. La Corporación mide por el mismo rasero a todas las empresas que en ella se integran y va neutralizando poco a poco todas las posiciones diferenciales, hijas de la posición

---

(6) "La Doctrina Corporativa". M. Maurice Bouvier-Adam.—Prólogo de Louis Baudin.

y de la suerte que eran fuente de las rentas diferenciales" (7).

El Corporativismo es esencialmente realista y dúctil. Se adapta a cualquier estado de desarrollo económico y se funda en la igualdad de derecho predicada por el cristianismo. Es por tanto una ingenuidad creer que porque Colombia no tiene una estructura económica tan complicada como la de Estados Unidos o Alemania, no necesita ni soporta la forma corporativa.

Cuando la forma corporativa se haya implantado en todas las naciones se habrá realizado la gran revolución económica que todos deseamos: a la actividad individual, egoista, absorbente e injusta del liberalismo económico reemplazará la actividad conjunta, distribuidora y equilibrada de los núcleos corporativos: será factible la justicia social en medio de un trabajo en cooperación con normas precisas, cercenadoras de todos los abusos y de las exageradas ambiciones capitalistas.

*

Pero esta no es fácil tarea: si muchos hombres la desean; pocos la comprenden y el grupo reducido pero privilegiado de capitalistas no cristianos la combaten: porque ven en ella el mayor enemigo de las injusticias que han alimentado sus ambiciones personalistas y estrechas.

Pretender que una sociedad, egoista y sensual, como la de nuestros días, éntre mansamente

(7) Rev. "Estudios". T. 59 número 319. 1938, págs. 4-42.

por el camino austero de la unión y de la justicia, sería una utopía.

Por esto si la corporación se acomoda en general a cualquier forma de gobierno, ahora exige una forma de gobierno fuerte. Sólo hombres de voluntades templadas y decididas podrán realizar el deseo de muchos, encauzar los desorientados anhelos de otros muchos y obligar a los demás a llevar una vida organizada de justicia y de verdad.

Gobierno fuerte necesario, indispensable, no es decir totalitario; éste se cree autorizado para violar todos los derechos porque se hace fuente única de ellos; pero el gobierno fuerte legal, los defiende con energía y los impone con decisión. La lógica de la realidad impone esta clase de gobierno. Una tercera pilastra del nuevo edificio social será, pues, sostenida también por una conformidad casi universal.

Seamos lógicos: deseamos un nuevo orden a base de justicia o equilibrio económico y de unión: la esencia del corporativismo es justicia y unión: luego el nuevo orden habrá de ser corporatista, por medio de un gobierno fuerte.

El corporativismo zanja eficazmente la diferencia formidable entre dos sistemas enfrentados, igualmente antinaturales e intolerables: la libertad omnímoda del individualismo y el intervencionismo sin límites del estatismo: el corporativismo como toda verdad ocupa el término medio del equilibrio y de la razón.

*

Este esquema tripartito es el límite de la armonía universal y es el principio del desconcierto también universal.

No basta querer la unión y la justicia, ni basta aceptar un gobierno legalmente fuerte. La estructura de la sociedad es algo muy complejo, porque su armazón está articulada con las voluntades móviles y complejísimas de los hombres.

El buen educador sabe muy bien que educar no es dar al joven dos o tres normas fundamentales y exigirle con rigor su cumplimiento. Educar es hacer amar esas normas, hacerlas desear, hacerlas vivir libremente. El hombre no se gobierna con ataduras físicas, sino con vínculos morales: no es la fuerza física la que obliga sus afectos y la directriz de su voluntad: es el bien querido, el ideal, la aspiración. Y el gobernante es ante todo un educador. El buen gobernante sabe entusiasmar a su pueblo con el ideal que él se propone: su éxito está en hacer que sus súbditos corran tras él espontánea y alegremente.

El genio de Hitler no está precisamente en su espíritu de organización o en su táctica militar: en lo que se nos presenta más admirablemente genial es en su profundo conocimiento psicológico del hombre y en su admirable pedagogía. Jamás habría ganado las batallas que ha ganado si su espada levantada no hubiera sido acompañada con los puños entusiasmados y apasionados de millones y millones de hombres en quienes año tras año se fue acumulando la emoción por un porvenir de gloria y estimulados con el deseo de un bien muy propio y muy íntimo: su sangre, su raza, su nacionalidad. La mística del racismo es la que le ha dado a ese pueblo la resistencia que todos hemos admirado. Ese entusiasmo no es por germano

solamente, sino por hombre, que está siempre proyectado hacia algo mejor, más grande y glorioso: este sentimiento es el que ha sabido explotar el amo de Europa.

Para que el nuevo orden se imponga no basta un gobierno fuerte que violente a los hombres como esclavos. Es necesario despertar el entusiasmo y el ardor que admita el sacrificio y violente el egoísmo y la sensualidad cultivados por cuatro siglos de individualismo. Los motivos de ese entusiasmo y de ese ardor constituyen el espíritu de un movimiento: formar el espíritu del nuevo orden es la gran tarea de hoy.

Los hombres a quienes Dios ha dado el encargo de dirigir las masas mediata o inmediatamente tienen el deber de pensar en esto respetando y aprovechando la libertad humana. Portugal nos da un ejemplo. Los legisladores portugueses han comprendido que la vida corporativa ha de ser vida espontánea y no mecánica; autodirigida y no impuesta; interna y no de fachada.

Pero abusar de la ingenuidad o de la ignorancia del pueblo, estimular sus sentimientos no en lo grande sino en lo bajo, divinizar su soberbia o exaltar su sensualidad es fácil camino para conseguir ese entusiasmo del conjunto, pero es criminal e infecundo.

Si el éxito del nacismo se ha debido a que ha sabido entusiasmar hasta el sacrificio a un pueblo; su crimen es haberlo entusiasmado y haberlo sacrificado por una mentira: no era difícil para un hombre de energía y de observación psicológica fecundar y aprovechar primero el racionalismo y después el materialismo de un pueblo que se había alejado en gran parte

de su antigua y verdadera fe, con el ídolo mentiroso de una raza privilegiada que satisfaría el sentimiento de superioridad y de gloria tan pacientemente acumulado por una pedagogía tan inteligente en sus medios como criminal en sus fines.

El fracaso del nacismo como el fracaso de todos los movimientos que han consultado el triunfo emocionado y fácil de los bajos fondos de la subconciencia de los pueblos, y no la verdadera y profunda aspiración de la naturaleza humana, estará en el desmoronamiento de su escudo de combate forjado en el engaño.

El carácter y el equilibrio de un hombre se miden por la relación que haya entre los valores objetivos y sus emociones y sentimientos: el carácter y el valor de un pueblo se miden también por la relación entre los valores verdaderos y eternos y sus emociones y aspiraciones populares: un pueblo que ama y busca la verdad y una forma de gobierno moldeada en la verdad, con un movimiento popular, es un gran pueblo: pero una nación que palpita y se mueve por una mentira, es una desgraciada: porque vive en el engaño y está ciega!

Los hombres que hayan de conducir a los hombres al nuevo orden, tienen el gravísimo deber de ser verdaderos consigo mismos y con el pueblo; tienen que alcanzar la dignísima gloria de ser austeros intelectual y emotivamente y sacrificar el entusiasmo fácil de lo superficial y engañoso por despertar en la nación el sentimiento de la verdad, que cuando entusiasma es más fuerte que todas las pasiones, pero prerrequiere una etapa de austeridad y de sacrificio.

Muchos políticos y muchos estadistas se preocupan de la técnica y de la estructura jurídica del nuevo orden, pero pocos piensan en el espíritu, en la convicción dinámica del pueblo que colabore, rompa el molde de la costumbre antigua e injusta y se adapte a la nueva forma con inteligencia y afecto.

Fácilmente se habla de colaboración y de justicia, pero difícilmente se piensa en lo que esto significa. La justicia será el respeto al derecho del hombre: el reconocimiento de su superioridad espiritual: la aceptación sincera de una ley natural, reflejo de la divina, que contiene nuestra constitución jurídica primera. La colaboración exige ante todo caridad cristiana: es antagónica al egoísmo individualista y es inconsistente si se funda en una filantropía vacía de todo contenido cristiano y espiritual o en un frío naturalismo que no responde al germen de eternidad que todos tenemos. El nuevo orden fracasará o no se realizará, si no le infundimos un sólido espíritu que corresponda a la verdadera realidad del hombre.

Y sólo hay una verdad: luego sólo habrá un espíritu que corresponda a la verdad. Recurramos de nuevo al rigor de la lógica. El nuevo orden habrá de ser para el bien de los hombres: luego el espíritu del nuevo orden se ha de fundar en la más profunda verdad del hombre. Cuál es ésta? No seamos superficiales. La primera y fundamental verdad del hombres es ser criatura: es una criatura de Dios: con dos principios: cuerpo y alma: ésta es la principal, la directriz: espiritual e inmortal: con un fin: su Creador: Dios. Para este hombre y no para otro ha de ser el nuevo orden. Esta es la verdad!:

lo que no se funde en esto es mentira! Prescindir de esto es artificio, apariencia, engaño! Y para llevar a ese hombre, al verdadero, a su fin: su Creador se hizo Hombre: señaló el camino y dio el guía: **su Iglesia!**

Por esto no es raro que antes de que nuestros autores modernos, nuestros políticos serios y nuestros oportunistas proclamaran la necesidad del nuevo orden fundido en la estructura natural de la corporación profesional: un anciano, el Vicario de Cristo, dijera ya en 1884: "En consecuencia, deseosos como nos hallamos de procurar por todos los medios a nuestro alcance la salud de los pueblos, tenemos vehementes anhelos de ver restablecer desde luego y en todas partes, según piden los tiempos, estas corporaciones" (8). Y cinco años más tarde: "Lo que pedimos es que se cimente este edificio volviendo a las doctrinas y al espíritu de la Iglesia..... restaurando aquellas corporaciones de artes y oficios que, en otros tiempos, informadas del pensamiento cristiano e inspirándose en la maternal solicitud de la Iglesia, proveía a las necesidades religiosas y materiales de los obreros, de suerte que les facilitaban el trabajo remunerador, cuidaban de sus intereses, defendían sus derechos y amparaban su acción dentro de los justos límites" (9).

Será demasiado insistir de nuevo en que seamos razonables? Los psicólogos, desde James hasta Freud y desde Gemelli hasta Adler, están concordes en observar que la poca personalidad

---

(8) Enc. Genus Huamnum. 20-IV-1884.
(9) Discurso de León XIII a una peregrinación: 20-X-889.

del hombre moderno y sus múltiples deficiencias psíquicas y caractereológicas radican en ese trauma interior de las conciencias, en esa falta de correspondencia entre las ideas y los actos, entre los sentimientos y emociones y los verdaderos y eternos valores, en una palabra, en la falta de verdad. Por esto es necesario insistir: seamos lógicos, sometámonos a la verdad.

Para el católico es evidente el raciocinio antes propuesto, y evidente la consecuencia: La Iglesia de Cristo es la única que puede dar el espíritu de verdad al nuevo orden.

El no católico o el que no tiene el valor y la convicción suficientes para ser consecuente consigo mismo, considere estos hechos: la Iglesia tiene 20 siglos de existencia y ha visto morir todos los sistemas que o la han atacado, o han prescindido de ella. Durante 20 siglos con una constancia formidable ha insistido en que se le atienda: que ella es la verdad. La Iglesia dio vida y forma al corporativismo medioeval y constituyó así una época de equidad y de concordia progresista, única en la historia, hasta que sus enemigos socavaron el edificio por ella construído. La Iglesia se adelanta en muchos años a los estadistas y a los sabios para indicar el camino que aquéllos, tras ingentes esfuerzos, hoy tratan de vislumbrar. La Iglesia resuelve los problemas humanos atendiendo al hombre tal cual es. La Iglesia enseña la única caridad consistente: la que se funda en Dios; y un régimen corporativista, si se atiende a la historia y a la psicología humana, sólo es posible con un espíritu de cristiana caridad, que haga posible la justicia y la unión, que enseñe el sacrificio

generoso y haga amable la austeridad que la vida social impone.

Esa es la razón por que con tanta seguridad pedimos y exigimos que se atiendan las enseñanzas de la Iglesia en la formación del nuevo orden. Porque ella da el espíritu verdadero, el cristiano, que es el único clima en que puede desarrollarse el genuino corporativismo.

"Para organizar la corporación —afirmaba Oliveira Salazar a Gonzaga de Reynold— es necesario ir despacio, porque es necesario ante todo fomentar el espíritu corporativo, sin el cual la corporación corre el peligro de convertirse en un "trust" o en una burocracia estadista". Y en su declaración de principios dice: "El Estado se subordina a la Moral, que es una creación de naturaleza superior que se impone al propio Estado. Esta concepción eminentemente cristiana, continúa diciendo, humaniza todo el derecho público portugués" (10). Aquí sí hay lógica. Reconoce enfáticamente que el verdadero espíritu corporatista no lo puede dar sino la verdad y Cristo es la verdad: "Ego sum veritas"; y la Iglesia es el Cuerpo de Cristo; esta es la razón profundamente filosófica por la que afirmamos con absoluto exclusivismo que la Iglesia con sus principios y con su espíritu es la única capaz de la reconstrucción social, de donde ha de brotar el nuevo orden, porque sus enseñanzas siempre nuevas son agua viva de verdad que salta hasta la vida eterna.

———

(10) "El Nuevo Estado Portugués".—Secretariado de la Propaganda Nacional. Portugal. Lisboa.

*

Conviene el mundo actual con estos principios? No. No conviene. Porque no pocos de los que hoy repiten la enseñanza corporativista de León XIII se han quedado con lo superficial: con lo de menos; y no han entendido o se han olvidado de lo esencial, de lo demás; el corporativismo es necesario, pero sólo es posible con un espíritu que responda a la verdad del hombre, hijo de Dios, y ese espíritu sólo lo puede recibir de Dios hecho hombre.

Aquí radica la diferencia fundamental del verdadero y del falso corporativismo. El falso es hecho o con el deseo de adquirir popularidad y de hacerse el amigo de las clases oprimidas, o como un instrumento de un estado totalitario. El verdadero, el cristiano, es asociacionista: se funda en el derecho natural de asociación enseñado por la filosofía cristiana; ayuda al Estado a cumplir su misión, pero el Estado lo respeta y lo hace respetar. El verdadero corporativismo —dice Georges Jarlot— es cristiano: no es conciliable con la concepción individualista (o liberal) del Estado, ni con la concepción autoritaria o cesariana que excluye a la vez las libertades públicas... ni con la concepción absoluta de la soberanía del Parlamento..." (11).

Y Oliveira Salazar expresa así su concepto sobre el corporativismo: "El Estado que subordinase todo sin excepción, en moral, en derecho, en política y en economía, a la idea de ra-

(11) "Cuatro Estudios Corporativos". Etudes. T. 226, págs. 533-534.

za o de nación por él representada, se nos ofrecería como un ser omnipotente, principio y fin de sí mismo, a quien habían de sujetarse todas las manifestaciones individuales y colectivas, envolvería un absolutismo peor que todos los regímenes precedentes. Tal Estado sería esencialmente pagano, incompatible por su naturaleza con el genio de nuestra civilización cristiana, y tarde o temprano habría de conducir a revoluciones semejantes a las que afrontaron los viejos regímenes históricos, y quién sabe si hasta a nuevas guerras religiosas más graves que las antiguas". Así piensa el ilustrado jefe de Portugal. (12).

Nuestra tesis, pues, es esta: el nuevo orden ha de ser corporativista, pero sólo el corporativismo cristiano es justo porque respeta las libertades individuales, ayuda al fin del hombre y garantiza los derechos del Estado.

Resumamos: El mundo quiere un nuevo orden fundado en justicia social y en colaboración: estas dos condiciones las llena el corporativismo que tiene en su favor la experiencia admirable de la edad media; para imponerlo hoy se requiere un gobierno fuerte, pero ante todo una convicción, un espíritu que corresponda a la verdad del hombre, a su naturaleza y a su fin; ese espíritu sólo lo puede recibir del cristianismo, sin el cual el corporativismo sería un esqueleto sin vida; la Iglesia enseña y da ese espíritu y por eso debemos recurrir a ella como

———

(12) Discursos de Oliveira Salazar. "O Estado novo portugués na evolucao politica europeia. Apud. R. J. T. VIII, pág. 286.

a la única y verdadera fuente de restauración social.

En los capítulos anteriores hemos recorrido en rápida mirada la historia y los anhelos de la civilización cristiana; vimos a la joven Iglesia vencer la resistencia inmensa de un poderoso imperio pagano, filtrarse poco a poco a través de todas las capas sociales hasta transformarlas y constituir una sociedad corporativista que es la admiración de los que la estudian. Vimos brotar y crecer en medio de ella, por desgracia, el germen del egoísmo como sistema; el egoísmo trajo la desunión, ésta la lucha y la lucha acabó con el bello espíritu de corporación. El libre examen, el enciclopedismo, etc., pasaron a la historia pero dejaron sus huellas negras de desolación y anarquía intelectual. Individuo, familia y sociedad quedaron solitarios y envueltos en tinieblas; y el mundo pugna ahora por hallar la luz. En los dos capítulos anteriores oímos cómo la Sociedad que fundó Jesucristo y que ha visto olvidar en el sepulcro a sus continuos enemigos, tiene virtud suficiente para restaurar al individuo y a la familia. En éste hemos pretendido averiguar dónde podrá moldearse el nuevo orden que necesitan las naciones: allí donde hay verdad, hemos dicho; donde se enseñe una solución que tenga sus raíces confundidas con la misma naturaleza humana y extienda sus ramas hasta la consumación de los siglos; y una y única es la cepa cuyas raíces son las del hombre por excelencia y cuyos sarmientos son los únicos que dan fruto y que están perpetuamente madurados por la savia de

la verdad; esa es el Cuerpo de Cristo: la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana.

*

En Colombia hay hombres, hay jóvenes que se preocupan hondamente con el porvenir de nuestra patria; permítannos ellos una reflexión: los verdaderos patriotas, los verdaderos políticos, los verdaderos cristianos, los verdaderos hombres, son aquellos que sacrifican la gloria prematura y fácil, se fortifican en la reflexión profunda y silenciosa, único ambiente en el que se pueden comprender y penetrar las enseñanzas de la Iglesia y de Jesucristo, para luégo luchar con denuedo y desinterés por la verdad: esos hombres tienen el deber de triunfar y de imponerse: ellos serán los verdaderos restauradores: porque sólo el que ama y vive la verdad es verdad.

INDICE

PRIMERA PARTE Págs.

La construcción de la gran unidad católica.—Juan M. Pacheco, S. J..... 9

La ruptura de la gran unidad católica.—Angel Valtierra, S. J..... 23

La catástrofe de la desunión.—Fernando Velásquez, S. J..... 39

SEGUNDA PARTE

La reconstrucción del individuo en el mundo moderno.—Eliseo Salcedo C., S. J..... 59

La reconstrucción de la familia en el mundo moderno.—Jaime Martínez, S. J..... 69

La reconstrucción social del mundo moderno.—Jorge Ortiz, S. J..... 81

LIBRERIA
NUEVA
APARTADO 81
BOGOTA